

## ESTUDIOS DE AGRICULTURA.



## RECOLECCION DE FRUTAS EN SUIZA.

El invierno ha vuelto ya á posesionarse en las altas montañas; aun suele descender algunos momentos diariamente á la llanura, por lo cual es preciso apresurarse á hacer la recolección de las frutas en los valles alpinos, á la manera que se empieza á introducir viveres en la plaza amenazada á la aproximación del enemigo. La lugareña que acarrea sus canastos llenos, lanza una mirada sobre los blanqueados montes y se burla al parecer de las nieves ocultándolas su riqueza.

coleccion de las frutas en los valles alpinos, á la manera que se empieza á introducir viveres en la plaza amenazada á la aproximación del enemigo. La lugareña que acarrea sus canastos llenos, lanza una mirada sobre los blanqueados montes y se burla al parecer de las nieves ocultándolas su riqueza.

TOMO x. 10



El horno está bien caliente y en él van á secarse la mayor parte de las manzanas partidas en cuatro pedazos; los *schnitzs* regalarán con ellas á la familia durante la estacion fria. Esta recoleccion sustituye á la vendimia en los parages donde no puede cultivarse la viña. La orilla suiza del lago de Constance se presenta á la vista del viagero como un bosque de manzanos y perales, y sus habitantes han en un comercio ventajoso de cidra y de frutas secas. El Rheintal (valle del Rhin, sobre el lago), se ve tambien cubierto de árboles frutales. Este pais posee aun pastos comunes, y se permite á los particulares plantar alli árboles que se convierten en propiedad suya, habiendo algunos que poseen centenares de ellos; pero no por eso se ha descuidado el procurar su parte á los pobres, á quienes se les permite recoger las frutas que se caen de por si.

En los valles mas frios, el cerezo reemplaza á su vez al manzano; asi es que en ciertos puntos del Oberland se coge gran abundancia de cerezas, las cuales se destilan ó reducen á una especie de resina muy alabada, con el nombre de *kirschmouss*.

El cultivo de los árboles frutales estuvo, sin embargo, muy descuidado en Suiza hasta época no muy distante de la nuestra. Plantábanlos en cualquiera parte y con las primeras especies que les venian á las manos, y dejaban á los vergeles que crecieran por si mismos como los bosques. La pera ó la manzana salvaje, la cereza silvestre usurpaban con frecuencia los terrenos mas fértiles y mejor situados; aquellos árboles magníficos eran verdaderas plantas montuosas; pero los frutos no tenían valor alguno.

Sin embargo, como la naturaleza tiene recursos y secretos peculiares, se encontraban en ciertas localidades favorecidas las mejores frutas, que no debian su excelencia mas que á la naturaleza del suelo, ó á la ventajosa posicion que disfrutaban. Se elogiaban las cerezas de Montreux, las manzanas del canton de Berna, las castañas de Monthey, las ciruelas de Basilea; pero tal es el poder de la rutina, que dejaban crecer y suceder en la mayor parte de los vergeles las especies comunes. Poco á poco fué mejorándose este estado de cosas, y los viveros de Ginebra y de Chambery enriquecieron los valles con una parte de las frutas mas estimadas de Francia, y de los paises comarcanos.

Andando el tiempo el vergel rodea la casa rústica y la embellece; el campesino desea tener á su lado estos árboles fecundos y cuidarlos con esmero. Ve nacer la planta que constituye su tesoro, la mira florecer y no la abandona hasta el deseado periodo de su madurez. Sin embargo, algunas veces los frutos de la recoleccion se encuentran en una habitacion bastante apartada del domicilio; para consagrar á este trabajo un dia entero que se fija de antemano y para el cual se asegura la asistencia de algunos vecinos, y entonces la recoleccion de las frutas se convierte en un verdadero festejo. Todos se abastecen de sacos, de cestas y canastas; suben al carruage, cada cual lleva comida al campo y se trasporta á la vez un cántaro de vino mas esquisito que en este dia se estrae de la bodega.

Habiendo llegado al parage designado, en cualquier valle donde aparezca la yerba fresca, se desenganchan los caballos ó los bueyes, estableciéndolos á la sombra donde haya pasto, y tiene comienzo la campestre maniobra de la manera mas bulliciosa. Si los recolectores se ven favoreci-

dos por uno de esos hermosos dias del mes de octubre, los mas pintorescos y saludables del año, se presenta un nuevo encanto á la laboriosa reunion. Acérquese el viagero y mire entre aquellos árboles tortuosos encorvados con el peso de sus frutos, á los jóvenes, á los niños, á los ancianos, todos ocupados en tan agradable faena, todos contentos y felices; y á gran distancia una cima argentada, pinos negros un lago trasparente ó la espuma móvil de una cascada, las aves de paso huyendo, los rebaños que descienden lentamente de las montañas, el cazador con su perro que transita cauto y sigiloso por entre el espeso ramaje... Mas la juventud ocupada en su rica y agradable tarea no ve nada de todo esto; olvida hasta el dulce sol que vierte sobre ella sus tibios rayos y dora por última vez aquel sonrosado fruto, asi como el artista lanza su última mirada sobre la obra cariñosa que sacan de su taller.

Todos los frutos del vergel no son tratados de la misma manera. Para los unos, los mas estimados, y que se conservan todo el año, el recolector manifiesta los cuidados mas prolijos; los coge delicadamente y los deposita con precaucion en el saco; pero las frutas destinadas al horno y á la trituracion se sacuden con menos precauciones y caen como la nieve sobre la yerba. Algunas de estas frutas se vengán de sus rudos recolectores á espensas de sus cabezas y de sus manos; pero la buena gente se rie y tiene otra vez principio la faena. Poco á poco se llenan los sacos, las cestas y los carros; el poseedor no sabe donde depositar tantos bienes y ve con alegría elevarse debajo de los árboles montones de frutos.

¿Dónde se hallan los placeres que predominan en estos trabajos? En nuestros antiguos idilios.

¿Dónde estais vosotros, hijos de las costumbres puras de la inocencia? ¿Dónde están vuestros padres? ¿Dónde está el bosque? El viagero que regrese al teatro de estos placeres no encontrará mas que campos y viñas. La industria agrícola no es menos invasora que las otras y sus progresos nos dejan tambien ruinas que deplorar. En muchas comarcas los castaños, los nogales mismos han desaparecido; los perales y los manzanos como pagan mejor su puesto y su sombra se cuidan mejor, visten ricamente muchos campos de Suiza, y cuadros semejantes al que representa el grabado que encabeza este artículo, se ofrecen á menudo á la vista de los viageros que por alli transitan.

## EFEMÉRIDES HISTÓRICAS.

### INUNDACION DE HOLANDA.

(ABRIL DE 1421.)

La Holanda, esa vasta delta formada por las embocaduras de dos poderosos ríos, el Rhin y el Meusa, ha visto renovarse, por decirlo así, el milagro de la creacion. El hombre ha dicho despues de Dios, «que las aguas que están debajo de los cielos se reunan, y que aparezca la tierra» y nació de las aguas una nueva tierra que ofrece su seno al sol para que la caliente, y al trabajo grandes surcos para que la fecunde. Pero esta maravillosa conquista no se ha hecho como la obra divina en un solo dia; han sido necesarios para llevarla á cumplido término, muchos siglos de trabajo



y perseverancia. El terrible elemento que habia empeñado la lucha con los primeros cultivadores, no quiso declararse vencido sino despues de haber roto muchas veces sus formidables diques, é inundado sus antiguos dominios, esparciéndose sobre sus ricas provincias y sumergiendo poblaciones enteras, haciendo que con sus ondas desapareciesen las mas florecientes capitales.

Desde 516 hasta 1825, se cuentan en Holanda ciento noventa inundaciones, y una de estas (1230), costó la vida á cien mil personas. Cincuenta y siete años despues, el Zuiderzee, engrosado por el efecto de la tempestad, traspasó sus límites y sumergió á ochenta mil personas y á innumerables animales de toda especie. Durante el siglo XVI, el mar de Haarlem, sublevado por el viento del Norte, saltó, por decirlo así, de istmo en istmo é hizo considerables estragos. ¿Podia la fuerza humana contener semejante calamidad? ¿Cómo conjurar esta amenaza de diluvio universal? Los diques, *esos muros del mar*, elevados á gran costa, y cuya base tenia de cincuenta á sesenta metros de longitud, no fueron jamás barreras suficientes. En 1570, en un dia de furor, el Oceano los habia traspasado y cubierto á mas de siete pies de altura los parages mas elevados de la provincia de Groninga: las casas habian sido destruidas, los cémenterios derribados, y los muertos caminaban sobre la superficie del agua mezclados con los vivos. Y como si no fuese bastante el perpétuo asalto de este infatigable enemigo en la parte exterior, hubo precision de combatir dentro los rios, sus auxiliares, siempre dispuestos á desbordarse desde que el viento Oeste empujaba sus corrientes hácia el interior de las tierras. En fin, la naturaleza esponjosa del suelo permitia que el agua se infiltrase hasta en el corazon del nuevo continente. Por todas partes encontraba el hombre esa turbulenta avenida que engrosaba por instantes, y podia envolverle como una mortaja, y cosa mas temible todavía, sepultar con ella entre sus movibles pliegues á su esposa, á sus hijos y á todo lo que mas amaba en la tierra.

Por una dispensa providencial, no hay calamidad fisica que no traiga en pos algun beneficio moral. El aguijon del peligro, estimulando la lentitud flemática, pero progresiva, de los holandeses, despertó en ellos el aliento, la sangre fria, el patriotismo y el espíritu emprendedor. Este suelo tan penosamente adquirido, llegó á serles tanto mas querido, cuanto que su inestabilidad los obligaba á crearse bágeles, ciudades flotantes, á fundar lejos en las colonias casas de comercio, manantiales de riqueza que venian á reunirse al centro comun del pais. Estos opulentos comerciantes, que no esperaban de la tierra sus rentas anuales, no retrocedieron delante del peligro ni del sacrificio del tiempo ó del dinero para secar los pantanos y reformar el suelo natal. No se procuró buscar una salida á las aguas, ni hacerlas correr por pendientes hábilmente construidas. Emplearon para el desagüe máquinas que facilitaron la accion de los molinos de viento; la esperiencia confirmó el éxito; la agricultura ocupó fértiles terrenos, y los molinos se multiplicaron; se llegaron á contar hasta nueve mil molinos.

Hoy que el vapor ha reemplazado al viento, no puede asignarse límites á la accion de este poderoso motor dirigido por el infatigable y obstinado genio holandés; los mares desaparecerán y entregarán á los carruages sus pantanosas profundidades.

...

## LA ROSA DEL PRIORATO.

### EPISODIO DEL SIGLO XIV.

A últimos del siglo XIV, la España, conforme se emancipaba de los agarenos empujándolos poco á poco hácia el Africa, se iba llenando de conventos y de iglesias, cediendo el local las mezquitas y reemplazando á los derviches é imanes los frailes y monjas. La media luna vencida por la cruz vió en su despido establecerse pacíficamente los soldados del Cister, del Templo, de la Cartuja y del Rosario en la Peninsula, que conquistaron los creyentes musulmanes por medio de la lanza y de la cimitarra, no teniendo los nuevos conquistadores otras armas que la bandera de Cristo y su ejemplo. A las órdenes religiosas, que creó el espíritu de la independencia, siguieron los religiosos del desierto, institucion completa para el hastío social, cuyo refugio es en el dia la desesperacion y el suicidio.

Los discípulos del fundador de la gran Cartuja entraron en España por los años 1160, y antes de concluirse aquel siglo contaban ya diez nuevas casas. La que edificaron en los montes de Prades, llamada de Scala-Dei, prosperó estraordinariamente por la proteccion de los reyes de Aragon, y por la austeridad de sus costumbres.

En la época durante la cual tuvieron lugar los acontecimientos que vamos á referir, los cartujos solo poseian el valle en el cual habian edificado su casa, y la falda occidental del monte. Hácia el Norte lindaba el convento con el conda-  
dado de Prades, al Oriente con la baronia de Entenza, y al Mediodia con tierras realengas.

### I.

El muy noble é ilustre don Juan de Aragon, último conde de Prades, habia anunciado su próximo enlace á todos los hidalgos catalanes, los cuales en no corto número acudian presurosos para honrar al magnate de las sierras. La novia era una jóven de quince años, hija única de la baronesa viuda de Entenza, reputadas las dos como las mas completas bellezas de aquel tiempo. La castellana habia perdido á su esposo al otro dia de sus bodas, ahogado en el Ebro por una casualidad, segun generalmente se creia. Desde entonces se habia retirado á una granja que poseia el difunto en la falda de Monsant, en donde nació nueve meses despues la niña mencionada, á la que bautizaron bajo el nombre de Maria Dolorosa; pero los campesinos llamáronla *Rosa de Sangre*, por haber venido al mundo con una rosa roja impresa en la palma de su mano izquierda.

Madre é hija permanecieron en aquella soledad, hasta que la solicitud imperiosa del poderoso señor de Prades obligó á la baronesa á prometerle la mano de la heredera de Entenza. Habian pasado los dias prefijados, y solo se esperaba para la ceremonia al novio y su comitiva.

El futuro esposo, á la cabeza de un brillante séquito se dirigia á la granja de su prometida esposa, costeano la falda del monte por una senda abierta en la roca por los cartujos, y que aun hoy dia conserva el nombre de sus primeros transeuntes. Apenas distarian media legua cuando se percibieron las primeras señales de los hombres-telégrafos, y al momento la campana de la aldea despertó á los con-  
vidados.

:



La baronesa y su hija estaban ya en la capilla para la preparacion espiritual de la jóven; las damas se ataviaban y los hidalgos ensillaban los caballos para salir en recibimiento del conde. Cuando hubieron marchado los de la cabalgata todo quedó en silencio al derredor de la casa de campo, y tan solo en la torre habia tres personajes que apenas hacian caso de los preparativos de la fiesta. El uno era un anciano de mas de setenta años; vestia un hábito largo y blanco con capucha; encima un sobre negro; los otros llevaban tonelete morado y sombrero con plumas.

—He recibido hace ocho dias, decia el mas jóven, la esquela de mi hermana, y no he perdido un minuto. Estaba en Murcia y he abandonado mi bandera para venir aquí.

—Lo mismo repito, siguió el otro caballero; desde Mompeller hasta esta sierra he necesitado tan solo cuatro dias. Los que empleó el mensajero para venir á buscarme.

—Esta boda, repuso el jóven, es muy precipitada, á no ser que el novio piense en acompañarme al ejército.

—Nunca ha abandonado esta comarca, y quieres que atravesase el Ebro, contestó el otro.

—A lo menos habrá su poderoso motivo.

—Hermano, ayer, luego que hube llegado, procuré indagarlo; ¿y sabes lo que me contestó la baronesa? Que nos habia convidado á la boda y no para el contrato.

—Acaso se figurará que tratamos de heredarla.

—Eso no. Ya sabes, Próspero, que cuando por la muerte del baron renunciamos al feudo de Giurana, fué para no dejar á nuestra hermana sin recursos.

—Es cierto; empero no creíamos entonces que ese coloso de Prades ambicionase tales migas.

—A saberlo no se traficaría con el sudor y la sangre de mis mayores.

—Y mucho menos, si en mi mano estuviese, la hija de Entenza, despues que....

—Próspero, juicio. Deja tranquila las sombras del sepulcro.

—¿Cómo quieres que no hierva de corage al considerar que mi sobrina se espone al trágico fin de la condesa?

—Ya comprenderás, hermano, que solo fueron infundadas las sospechas que recayeron contra su esposo. Yo creo que la condesa se volvió loca de celos, y que...

—Estais mal informado, dijo el anciano, que escuchaba con interés á los dos hermanos. La condesa Maria fué asesinada.

—¡Asesinada! exclamaron á la vez los dos hermanos.

—Si.

—¿Cómo lo sabeis? preguntó el jóven Próspero.

—Es una historia sangrienta que la tumba me ha revelado. Una noche tempestuosa, era el dia de San Juan del año 4370, pasaba por debajo de la peña Morada de Giurana el jóven Manfredo de Pinós.

—¿El hijo bastardo del rey? interrogó Próspero.

—El mismo. Solo y en demanda de un crimen atravesaba estas sierras á favor de la oscuridad, cuando la Providencia le detuvo bajo los muros de aquel castillo. El furor del temporal no le permitia seguir su camino, y tuvo que aguardar la aurora resguardado en la concavidad de un peñasco. Poco antes de amanecer iba á salir de la cueva, mas le detuvo la vision mas horrible que presenciar puede un mortal. Manfredo se dirigia á Prades con el objeto de matar al conde ó á lo menos de desafiarle á muerte, y era el motivo la esposa del magnate que este habia robado al amante.

Pues bien, el caballero percibió á pocos pasos de la caverna en la cual permanecia escondido, á un hombre que arrastraba á una dama, cuyos gritos helaron de terror su corazon. La muger, á la cual llevaban para precipitarla al abismo de mil pies que forma el rio, pronunció el nombre de Ma. fredo. El doncel dió un salto convulsivo y quiso correr en ayuda de aquella desgraciada. ¡Esfuerzos inútiles! La sangre se coaguló en sus venas, y la voz quedó ahogada en su garganta. Entonces al resplandor de una tea que trajo encendida un moro, vió.... El hombre arrancó los ojos á la victima, la mutiló lentamente, y despues la empujó al precipicio. El jóven todo lo vió, y solo un poder sobrenatural le petrificó ante aquel cuadro de angustias. ¿Cuánto duró el parosismo? El caballero todavia lo ignora. Cuando volvió en si y cesó el encanto el sol brillaba en su cenit, y las aves cantaban en la floresta. Creyó haber sido juguete de un sueño y registró el abismo, buscando á la difunta que no pudo encontrar alli. Subió otra vez á la roca y desde su cima entrevió una fantasma blanca que balanceaba entre dos ramas de un enebro. Sin hacer reflexion alguna se descolgó hasta el relieve y cogió en brazos el cadáver que todavia palpitaba. Si, señores, aquel cadáver habia sido la condesa Maria, y su asesino, aquel que la descuartizó con tanta barbarie, era....

Un heraldo que entraba á la sazón en la azotea dió la voz de llegada.

—El muy noble y excelso señor conde de Prades.

## II.

—Prior, os doy gracias por vuestros consejos; la felicitacion que me dirigís es amarga como la hiel.

—Conde de Prades, en las verdades siempre hay algo de amargura.

—¿Y decís que la baronesa solo consiente á esta boda por miedo?

—Repito que el terror que inspira vuestro nombre la ha obligado á ceder contra su voluntad, y mas aun contra el corazon de la niña.

—¡Bah! Sois cartujo, y sin duda ya no os acordareis de las cosas mundanas, si es que alguna vez las habeis saboreado. Con un vestido nuevo y un par de joyas se capta el cariño de las mugeres; y á las madres importunas se las encierra en un convento para que recen el rosario.

—¿Y los remordimientos?

—¡Re.... m.... or.... di.... mientos!... ¿qué quereis decir prior?

—Si á pesar de la tristeza de la castellana y de las lágrimas de su hija las conducís al sacrificio, lograreis saciar vuestra ambicion, pero no sereis feliz.

—¿Qué es felicidad?

—Pregunta de Poncio Pilato á Cristo. La felicidad, conde de Prades, consiste en no ser verdugo.

—Fraile, no irrites mi bilis, que podria costaros caro. Si he pedido la mano de esa niña es porque su ilustre rama en nada desdice de la mia; y ademas espero que la alianza de Aragon con Entenza me dé un heredero que falta á la casa.

—Mentís, hidalgo.

—¿Y quién se atreve á sostenerlo?

—Yo, que he educado al hijo de la condesa Maria.

—¿Dónde está el retoño de aquella infeliz?



—En el monasterio de Scala-Dei. Allí, lejos de vuestra corte viciosa, he criado á un ángel.

—Hijo de esa muger.

—¿Qué os atreveis á decir? despues de haberla repudiado, despues de abandonar al niño ¿qué hicisteis con ella?

—Se volvió loca y se suicidó.

—¿Y lo diriais asimismo en el tribunal de la penitencia?

—Prior, no me incomodeis en estas horas. Aguardad el sermón para la noche, cuando sea esposo de esa bella niña. Entonces recibiré vuestra bendición.

—¡Oh! no. Dios no puede consentir en tanta série de crímenes. La hora fatal se acerca y nadie sabe cuando será.

—¡Monge! abusais de mi paciencia.

—¡Conde de Prades! Escuchareis á pesar vuestro mis palabras aquí ó en la capilla.

—Acabemos, pues.

—El motivo por que aborrecisteis á vuestra esposa fué la ambicion de lograr la mano de la baronesa de Entenza, nombrada señora de un rico feudo por su esposo, muerto ahogado en el Ebro. El vulgo cree que la viudez de la noble Blanca se debió á la casualidad: Dios sabe que esta casualidad está personificada.

—¿Os atreveréis á decirlo?

—Acaso un día será revelado al mundo ese secreto que poseemos los dos.

—¡Impostura!

—¿Y negareis que el moro Daniel, quiero decir, el judío Aben-Muza lo asesinó por vuestro mandato? ¿Desmentireis á la roca de Giurana que vió la mutilacion de la condesa? Juan de Aragon, cada paso que dais es un crimen y el número de los vuestros pasa ya de la medida. Reflexionad; es tiempo aun. Si dejais libre á esa niña, si no llevais á cabo tan execrable proyecto, os devolveré al heredero de vuestra casa, puro y digno de la sangre real que corre por sus venas. Ignorará el hijo la catástrofe de su madre, el pueblo no sabrá que los subterráneos del castillo de Prades encierran víctimas, y Dios acaso os perdone en vuestra postrer hora.

—¡Prior! entre los dos median secretos que debe cubrir la losa sepulcral, y no seré yo el necio que os deje en libertad de hablar.

—¿Cómo, osaríais poner la mano sobre un ministro de la Iglesia?

—Es preciso que se ignore cuanto sabeis, dijo el conde cerrando la puerta de la estancia.

—Ahora ya no es tiempo. Lo que mi boca ha revelado otros dos lo dirán un día.

—¿Cómo, nos escuchaban?

—Si.

—¿Y quién es el desgraciado que sabe ese secreto?

Los dos hermanos de la baronesa entraron por una puertecita disimulada y se presentaron á la vista del magnate como una vision de la muerte. Juan de Aragon palió mirándolos.

—Hemos oido cuanto aquí se ha hablado, dijo Próspero.

—Sabemos ese arcano horrible, prosiguió Policarpo.

—Sabreis otro mas, exclamó con voz alterada el conde. Decid á vuestra hermana si en virtud de tales confesiones me niega la mano de su hija, y en este caso os diré quienes fueron mis cómplices en el asesinato del baron de Entenza.

—¡Calumniador! No saldreis de aquí para dar una mano salpicada con sangre á esa criatura angelical; antes mi espada atravesará vuestro pecho.

—¡Pardiez! replicó el de Aragon con amarga ironia, los hidalgos de Alba son caballeros atacando á un desarmado.

—No somos ya caballeros, sino jueces, y....

—¡Verdugos!

—Teneis razon, conde; con un mónstruo como vos no es mengua tal accion. Empero no faltará otro moro ó judío que venga á la malhadada condesa.

—Bien, gritó con rabia el magnate. El señor prior de la Cartuja, será sin duda el que me asista en el suplicio.

—Voy á buscar á la baronesa, dijo el monge, y entre todos confundiremos al opresor.

El fraile salió de la estancia. Los hermanos se paseaban sin perder de vista al conde. Este se sentó dándole la espalda.

—Aragon tiene miedo, murmuró Policarpo al oido de su hermano.

—Los cobardes son sanguinarios, añadió éste.

—Solo son bravos con las mugeres para atormentar sus cadáveres.

—O para disponer asesinatos.

El conde se puso á silbar. Próspero se acercó al noble magnate y le dió un bofetón con su guantelete.

—¡Ultraje de villano! saltó rugiendo. Tu sangre ó la mía!

Las pupilas del conde brotaban fuego. Los dos hermanos se echaron á reir.

—La sangre de tu esposa sale en tu rostro.

—Es el rubor de la vergüenza.

Los ojos del conde nadaban en sus órbitas infiltradas de sangre.

—El tigre ruje porque está desarmado.

—Llama á tus escuderos para que lo aten.

—Hidalgos de Alba, dijo reprimiéndose entre dientes el magnate, eso no lo lograreis sino con mi cadáver. Se me puede asesinar, mas no atar. Vamos, ¿cuál de los dos va á herir primero?

Hubo un largo rato de silencio. Los dos hermanos sacaron sus dagas.

—Ya es hora, dijo el uno.

—De rodillas, intimó el otro al conde.

Este permaneció mudo é inmóvil.

En aquel momento se abrió la puerta y la baronesa entró acompañada del monge. La viuda estaba pálida y tenia los ojos humedecidos.

—Cuando el señor conde guste, dijo ella sin mirarle.

Los dos hermanos habian retirado sus aceros.

—Baronesa, contestó el noble ostentando el triunfo en sus ademanes, os juro por Luzbel, que si tardais algunos minutos mas, en vez de ser esposo hubiese estado difunto.

Próspero y Policarpo envainaron las dagas.

El prior alzó la vista al cielo y suspiró exclamando.

—¡Altos juicios de Dios!

El conde dió la mano á la baronesa y al salir de la estancia se despidió con irónica sonrisa.

—Señores, hasta luego; padre prior beso la mano.

—Hermano, dijo el mas joven saliendo de su estupor, partamos al momento sino queremos probar la venganza del de Aragon. Sin duda los postres de la boda serian nuestras cabezas.



—Es increíble lo que está sucediendo. Aquí hay un misterio horrible.

—¡La mano del Señor! exclamó el monge.

—Nuestra hermana es loca ó criminal, Policarpo.

—Así lo sospecho, Próspero.

—Hemos jurado la muerte del conde.

—Y debemos cumplir el voto.

—Caballeros, interrumpió el prior. Hemos hecho por nuestra parte lo posible á fin de evitar otra infamia á ese monstruo de las sierras, Dios no lo ha querido. Ha reprobado mis pasos fuera del cláustro y conozco mi falta. Yo soy quien debe volver á su retiro y abandonar al mundo. ¡Ah! ¿y ese niño, quién le protegerá?

—Nosotros, respondieron los dos hermanos.

—Llamadle, para que pueda verle un instante. Le habia prometido el amor y la mano de vuestra sobrina y le he engañado. Otra pasion desgraciada y otras victimas. A lo menos le ofreceré un abrigo en el convento contra las tempestades del siglo. Dichosos los que no han conocido las palpitaciones del corazon.

Retiráronse los dos hermanos y luego entró un jóven hermoso, de veinte años. El hijo del conde era alto, bien proporcionado; tenia el cabello rubio y ojos azules.

—¡Hijo mio! dijo el cartujo abrazándole. He de regresar hoy mismo á Scala-Dei y antes he de hablar contigo.

—¿Me abandonais? respondió el jóven con lágrimas.

—Dios lo manda y he faltado á mis deberes por tí.

—Sois mi verdadero padre.

—Lo he sido para tí, hasta hoy, pobre huérfano á quien el crimen lanzó al abandono; desde ahora volverás al mundo por el camino de la venganza, que no debe manchar tu mano con su estéril delito. Acuérdate siempre que si tus padres murieron para tí, Dios envió á tu cuna un brazo protector que te ha educado en un retiro, y que los breves años de tu vida nunca serán tan dulces como los que has pasado en tu infancia.

—Es verdad, suspiró el jóven, y en particular los dos últimos.

—¡Ingrato! repuso el monge.

—¿Por qué, padre mio? Amo á la niña María, empero este amor no disminuye el que os profeso.

—Hijo mio, aqui comienzan tus sacrificios.

—¡Renunciar á María! dijo adivinando, padre prior, sin duda os chanceais.

—¡Jesus! replicó el cartujo con gravedad. El que llevó tu nombre, hace mas de mil años que apuró todas las amarguras.

—Era hijo de Dios, respondió el jóven.

—Hay mas virtud de la que te figuras en renunciar á esa pasion fragil como todo lo de este mundo.

—¿Renunciar á su amor? Bien helado debe estar vuestro corazon para soñarlo. El cariño de esa niña es el único tesoro que poseo: y ya sabeis que no ambiciono sus titulos, sino á ella. Solo en la tierra, sin padres, sin un nombre, me he resignado á todo, escepto á la idea de perder á María. Lo he jurado y vuelvo á renovar mi voto, ó su amor ó la tumba.

—¡Insensato! Tu vida no te pertenece.

—¿Quién ha reclamado al huérfano? ¿dónde está la mano de su padre? ¿palpita acaso el seno que me tuvo antes de nacer? ¡Ay de mí! No he conocido un beso maternal y las

caricias infantiles pasaron sobre mi como gotas de agua en un mar de deseos. Algunas veces he creído ser fruto de una pasion ilícita y he esperado la hora en que mi madre, próxima á su agonía, llamase á su hijo para abrazarlo antes de morir. En otras ocasiones, ¿os acordais, padre prior, de la condesa de Prades, cuya historia sangrienta me habeis contado tan á menudo? Pues si, hubiese querido ser su hijo. ¡Oh! ¡Tener madre, ha de ser mucha felicidad! ¡Gran Dios! Llorais... ¡Ah! Decidme, ¿la habeis conocido?

—Si, balbuceó el monge sollozando, sé quien fué tu madre; la he conocido y la he amado.

Estas últimas palabras las pronunció el cartujo involuntariamente.

—¡Oh! ¿dónde está?

—¡Desdichado! Ya no hay esperanza para ti en la tierra.

—Lo conozco y lo he presentado. Sin un padre que me diese un nombre, sin madre que en mi cifrase su cariño, habia concentrado mis afectos en el amor de esa niña, cuyo olvido me pedis en vano y á la cual, vos y la baronesa quereis sacrificar.

—¡Jesus! Han sido inútiles cuantos conatos he intentado contra ese detestable enlace: he rogado, he llorado, he llegado á las amenazas, y todo sin fruto. Para evitarlo he descendido de sacerdote á verdugo....

—Lo creo, interrumpió con ira el mancebo, y ya que todo ha sido en vano, yo apelaré á otro medio.

—¿Cuál?

—Os lo diré porque ningun poder humano me hará volver atrás. El conde de Prades morirá á mis manos si llega á ser esposo de María. ¡Oh! si, lo he jurado.

—¡Cielo santo!

—El infame no profanará á la que me ama.

—¿Sabes tú, infeliz, que ella consiente en este himeneo?

—Mentis, monge.

—¡Oh!

—Perdonadme, padre mio; no sé lo que digo. Lo que sufre mi alma es inmensurable.

—La baronesa ha conducido al altar á la jóven y ésta habrá dado ya su palabra.

—María podrá obedecer á su madre, mas nunca pronunciará el voto.

—A estas horas lo ha verificado.

—Entonces cumpliré mi venganza.

—Imposible.

—Bien: haré imposibles.

—El asesinato es un crimen execrable; y el del conde mucho mas.

—¿Por qué?

—Sería un parricidio.

—¡Oh!

—¿Comprendes ahora el misterio? Jamás hubiese revelado mi labio ese secreto á no mediar tal delito. He sido perjuro para evitarte un parricidio.

—¿Es decir que soy un bastardo?

—No.

—Juan de Aragon....

—Es tu padre.

—Y mi madre....

—María de Pinós, condesa de Prades.

—¿Hay pruebas de mi nacimiento?

—Tenias cinco años cuando tu padre te llevó á la Cartuja.



—¿Y cómo es que no recuerdo sino las paredes de Scala-Dei?

—Lo ignoro.

—¡Oh! Si es cierto pedid al Señor que se apiade de mí.

En aquel punto se oyó la campana de la torre y los dos hermanos Alba entraron precipitados en la estancia.

—¿Qué significa ese ruido? preguntó Jesus.

—La hija de nuestra hermana es ya esposa de Juan de Aragon, respondió Próspero.

—¿Nos acompaña ese joven? dijo Policarpo.

—No, contestó el hijo del conde, me quedo aquí. Quiero ver á mi padre.

### III.

—Señora baronesa, aqui podeis recibir á vuestros peche-ros para que presten homenage á su nueva señora.

—¿Y vos, conde?

—Voy á pagar la visita al padre prior de Scala-Dei.

El conde acompañado de sus escuderos y pages, se dirigió por el pie de los enormes peñascos que forman un ángulo entrante de Monsant y pronto se perdió de vista. Mientras tanto los vasallos de la viuda de Entenza fueron presentándose unos tras otros con objeto de ofrecer á la recién desposada los regalos y pechos de costumbre. Los parceros tenian obligacion de dar dos palomas blancas; los propietarios vasallos de la señoría un cesto de frutos y los pobres un ramo de laurel. Los mozos votaban un caballo si era varon y las doncellas una corona de flores si era hembra.

La hermosa niña recibió á sus súbditos en la galería de la granja, cuyas escalinatas conducian al jardín y alli depositó sobre bancos de piedra las frutas y flores ofrecidas. Los hombres y mugeres fueron obsequiados con un almuerzo dispuesto en el patio y la nueva condesa quedó sola. ¿Era por satisfaccion ó por indiferencia su aislamiento?

—¡María! llamó una voz desde dentro.

—¡Jesus! respondió maquinalmente la joven. Era el mismo.

—Vengo á verte, la dijo sin mirarla.

—Y yo te esperaba el primero y has sido el último.

—Como la tuya ha sido mi conducta.

—¿Es decir que vienes para agravar mi dolor?

—¿Dolor? Mentira, condesa. Cuando se sufre no hay flores, y cuando no se ama....

—¡Jesus! Si alguna sombra de piedad queda en tu pecho, olvida lo sucedido hoy.

—¿Olvidarlo? Dices bien. Un huérfano sin fortuna, sin títulos no debia confiar en la palabra de una noble y rica heredera; hay un abismo entre la pobreza y la opulencia. Pero ese abismo será una tumba que se abrirá entre los dos.

—Eres cruel conmigo, sin considerar que soy una niña. ¿Qué debia hacer?

—Morir antes que ser perjura.

—Todavía es tiempo, repuso la condesa llorando, y si tú lo exiges sabré morir.

—¡Oh! me engañas, María. Como otras veces creeré tu voz dulce como la de un ángel y será pérfida cual la de una muger: á los quince años no se miente, señora condesa.

—Eres injusto y mi poca edad no me libra de tus insultos.

—¿Quieres justificar tu conducta?

—Quiero y puedo.

—Sé breve; porque tu esposo te aguarda.

—Hace un mes que nacen las primeras flores en nuestros vergeles, y vino el padre prior á buscarte, y tu María quedó sola. Al otro día mi madre me dijo que el conde de Prades habia pedido mi mano, y que ella la ofrecia en mi nombre. Lágrimas, gritos, juramentos, todo fué inútil ante una sola espresion que llegó á mi corazón. ¡Si no aceptas moriré deshonrada! Era mi madre quien lo dijo.

—Escusas triviales.

—¡Oh! no, Jesus. Una madre nunca engaña á su hija. Empero si tú hubieses presenciado mi resistencia, si tú mismo hubieses visto á la infeliz María llorando noche y día, entonces....

—Condesa, no hay duda en que las mugeres sois demasiado sensibles; mas os falta constancia.

—Debía obedecer.

—Lo has hecho. ¿Y ahora?

—Sabré morir.

Hubo tal acento de verdad en la espresion de la niña, que el joven involuntariamente cayó de rodillas exclamando.

—¡Morir! ¡tú.... tan bella! ¡Oh! es imposible.

—Antes el sepulcro que tu desesperacion.

—Es cierto, dijo Jesus levantándose. Si el conde no fuese tu esposo....

—No lo será.

—¿Quieres huir conmigo? exclamó súbitamente el mancebo.

—¿Huir? ¿Cómo? ¿Y mi madre?

—Tu madre vendrá contigo, y lejos de esa fatalidad que nos persigue seremos felices.

—Algunas horas hace era libre; ahora no lo soy. Además de los deberes de hija soy esposa.

—Lo sé.

—He sacrificado por mi madre tu cariño y mi dicha; por tí sacrificaré mi existencia. Has hecho mal en torturar mi corazón destrozado por el dolor; y tus celos, aunque justos, han sido crueles. Me acuerdo, Jesus, de aquellos días tan tranquilos de nuestra infancia, cuando la inocencia dispensaba nuestras caricias, y en un mes tan solo he pasado de la niñez á la edad madura. El último día de abril era frívola y loca; hoy soy seria y triste, porque la amargura ha marchitado mis primeros pensamientos. Soñaba y he despertado; de todas las lecturas que hicimos juntos en la fuente del Pino, solo ha quedado en mi memoria el martirio de los Moncadas. Como la desdichada Francisca conozco que he de morir joven y sin amor. Amigo mio, es preciso desengañarte. Mis quince años han envejecido y quiero amarte siendo digna de tí. Aquí en la tierra no podemos vernos ya sin que la culpa manche nuestra inocencia; un día nos veremos en el cielo. Es verdad que soy esposa del conde de Prades; empero mi corazón ha sido tuyo y únicamente por el Señor de todos romperé el juramento. No pudiendo ser tuya, nadie en el mundo logrará mi amor; á nadie perteneceré en mi vida. Mi virginidad pertenece á Dios, á quien he hecho el voto. Mi esposo se contentará con los feudos y riquezas codiciadas, y tu pobre María rogará por tí en un claustro.



El jóven cayó de rodillas ante la hermosa niña, y sus manos no se atrevieron á buscar la suya. María era ya de Dios y temió Jesus profanarla con su contacto. Quizás hubo en la resignacion del jóven algun egoismo; empero todos los sacrificios son gratos cuando van dirigidos á un fin santo.

El conde entró en la estancia y encontró á su hijo postrado y á su esposa llorando.

—María, exclamó sonriéndose; abraza á Jesus, es hijo mio.

El mancebo se levantó del suelo retrocediendo dos ó tres pasos.

—¿Hijo vuestro? balbuceó ella.

—Es verdad, dijo con voz ronca el jóven, pero no tengo madre.

—La tendrás. Si murió aquella quedará esta; una María reemplazará á la otra.

El prior llegó en aquel instante. Jesus se echó en sus brazos.

—Hijo mio, dijo el monge; tu padre te reclama y le perteneces; Dios ha hablado y debemos doblar nuestra voluntad ante su voz.

—¿Qué debo hacer?

—Perdonar como David, obedecer como Isaac, y callar como los hijos buenos de Noé.

—¡Imposible! murmuró Jesus.



Se presentaron varios escuderos precediendo á un anciano cuyo traje era indefinible.

—Buenos ejemplos dais á la infancia, prorumpió el conde. Odio á los padres, pasiones y delirios. Prior, revoco mi palabra; no reconoceré á ese jóven.

—¡Oh! gritó éste con decision; renuncio á vuestros títulos, á vuestra proteccion y á vuestro nombre. El que me privó de madre no puede ser padre, y si lo fuéreis mio os diria: asesino de mi madre, os aborrezco, no quiero co-

noceros. El que por vana ambicion ha sacrificado á esa niña no puede ser caballero, y sabiendo que no ha de ser amado es un mónstruo. Conde de Prades, Dios os perdone; yo jamás.

(Se concluirá.)



## HISTORIA DE MAURICIO.

(Conclusion.)

TEODORO.

Ya hacia mucho tiempo que caminaba con los ojos fijos en las queridas montañas que siempre veía muy lejos, cuando le adelantó un carruaje de buena apariencia. Sin embargo, su color sombrío y las libreas negras anunciaban el duelo. Una señora y un caballero iban solos en este carruaje. Mauricio los miró con curiosidad y se quitó su sombrero. El viento que soplaba entonces hizo flotar su cabellera rubia en derredor de su bonita cabeza, y como los caballos marchaban á un trote regular, la señora tuvo el tiempo ne-

cesario para mirar bien á este niño. De pronto ejecutó un movimiento de sorpresa y lanzó un grito. Anduvo el carruaje algunos pasos y se detuvo, y el caballero y la señora, asomando la cabeza por la portezuela, observaron de nuevo á Mauricio, dirigiendo palabras muy animadas.

Mauricio, siempre desconfiado, se paró. Le hicieron señas para que se aproximara, y obedeció un tanto receloso. Cuando estuvo á unos veinte pasos la señora exclamó:

— ¡Es el mismo!

El caballero bajó del coche y se acercó á Mauricio. Entonces el pobre niño se turbó, y de buena gana hubiera huido; pero el caballero le cogió de la mano y le estuvo observando con mucha detención.

— Estos ojos azules; estos cabellos rubios y rizados; esta boca... ¡Dios mío!

Tales eran las reflexiones que hacía en voz alta, en pre-



Prudencio hizo bailar á la marmota delante de Mauricio.

sencia de un criado anciano, que acudió allí, y que miraba á Mauricio con igual sorpresa.

— ¿Su nombre de vd., hijo mío? le dijo el amo.

Mauricio sospechaba que estas personas le hubiesen conocido, porque le hubieran visto otra vez en alguno de los lugares testigos de sus estravios, y creyéndose perdido si declaraba su verdadero nombre, acudió á un medio para ocultarlo sin faltar del todo á la verdad. Se acordó que su padre le llamaba algunas veces su Teodoro, porque le habían dicho que esto significaba *Dios le ha dado*; y Mauricio dijo poniéndose muy colorado, que se llamaba Teodoro.

Ostigado por las preguntas que le hacían acerca de sus padres y de su viage, fué menos sincero y dijo:

— Soy huérfano; busco colocación de pastor en estas cercanías. La señora que le miraba con enternecimiento, le dijo:

— Va vd. solo; hijo mío; está vd. fatigado; suba vd. á mi carruaje; nosotros le dejaremos á vd. donde quiera.

Mauricio, confuso y turbado, se abandonó á su suerte medio asustado y medio seducido. Nunca había escuchado una voz tan dulce, ni visto una señora tan bella. Esta hizo que se sentara delante de ella, le miró mas y hasta le acarició. Al cabo de algunos momentos se tapó el rostro con ambas manos, y cuando lo descubrió estaba bañado de lágrimas. El caballero dijo á la señora:

— Si esto es efecto de su presencia, será preciso que nos separemos de él.

— ¡Ah! ¡yo quisiera que no me dejase nunca!

Habían caminado un cuarto de legua cuando llegaron á una quinta, y propusieron á Mauricio que pasara allí la noche. La exclamación de la señora había causado á Mauricio cierta alarma; pero no creyéndose seriamente ameng-



zado, aceptó con alguna timidez. ¡Qué guarida tan diferente á la de otras noches! Una soberbia quinta al lado de una pobre habitacion ó una misera cabaña! Mauricio se vió servido por los criados; le llevaron á una alcoba elegante, y se acostó en una cama excelente y bien mullida. Sin embargo, experimentaba cierto desasosiego en medio de tales magnificencias.

—A la mañana siguiente le propusieron que buscarían para él una plaza de pastor en aquella vecindad.

A menos, dijo la señora, que no prefiera vd. quedarse conmigo. ¿Quiere vd., Teodoro, reemplazar al hijo que he perdido?... También vd. ha perdido á sus padres, y nosotros serviremos á vd. de padre y madre.

A estas palabras el niño se echó á llorar. La señora que vió en estas lágrimas una emocion pura de reconocimiento se penetró de todo cuanto por él pasaba. Si esta señora hubiese sabido que Mauricio se enternece al pensamiento de su pobre padre, y que su oprimido corazón le decía: no, yo no te dejaré nunca; no le hubiera hablado mas sobre el asunto. La señora añadió solamente:

—Es vd. libre, hijo mio; no tema vd. que yo le detenga á pesar suyo; pero si vd. me amara un poco, no me abandonaría.

#### LA QUINTA DE VARANIEGA.

El caballero apeló á otro recurso para acabar de convencerle; le procuró todas las diversiones propias de su edad. Mauricio tuvo arcos, flechas, peones, una escopeta, y un tiro de pistola que le agradó extraordinariamente; pero nada le interesó tanto como una jaquita gallega que montaba la mayor parte del día. Añádase á todo esto, golosinas, ropa elegante, en fin, todos los atributos del lujo: y ademas, Mauricio veía que regocijaba á dos personas desgraciadas, dejándose colmar de favores. Ya había reemplazado á sus toscas maneras cierto aire de elegante franqueza; tenía réplicas agradables y discursos cándidos y encantadores, y oía decir con frecuencia á la señora:

—¡Es su imagen! Dios lo ha permitido para consolarnos.

Los criados, viendo que se aumentaba cada día mas el favor del señorito Teodoro, se iban acostumbrando á tratarle con mas deferencia. Mauricio no abusaba de ella; pero ¿qué niño, qué hombre, rehúsa mucho tiempo aceptar las ventajas de una posicion brillante? El señorito Teodoro se acostumbró pronto á mantener su rango, lo que no desagradaba á la señora, que le hallaba por este medio cada vez mas semejante á su hijo. Así transcurría el tiempo; el niño consolador se iba acostumbrando á estos vínculos, y ya pensaba menos, no digo en Cascabel, sino en su mismo padre. La felicidad le echaba á perder mas que los accidentes de su vida errante y las malas compañías. Sin embargo, la conciencia le perseguía hasta en la quinta de Varaniega, y le hablaba en voz alta para turbarle de vez en cuando.

—Tu engañas á tus bienhechores, olvidas á tu padre; tu no puedes siempre vivir de esa manera.

Tenia permiso de pasear á caballo por aquellas cercanías. En una de sus escursiones vió á un niño sentado en la orilla del camino. Parecía estar fatigado. Mauricio, que se acordaba de sus pasadas aventuras, se aproximó á él con cierto interés y le preguntó dónde iba.

—Voy á dar la vuelta por España, respondió el niño.

—¿Qué llevas en esa caja?

—¿En esta caja? Mi marmota.

—¿Tu marmota? ¿Y qué es eso?

—Va vd. á verla.

Y la hizo bailar delante de Mauricio, que quiso saber de dónde venía.

—Vengo de mi país, que está junto á una montaña blanca en Asturias.

—¿Montaña blanca en Asturias!

A estas palabras, el hijo de Prudencio se conmovió de tal manera que no pudo hablar, y dijo:

—Tu vienes de la montaña blanca y yo iba á ella.

—¿Vd., caballero? ¿Qué iba vd. á hacer en aquel país tan pobre?

—Yo no soy tan señor como tu crees. Dime ¿por dónde has pasado tu para llegar aquí?

El niño nombró todos los pueblos y aldeas por donde había pasado. Mauricio sacó de su bolsillo una bonita cartera que la señora de Varaniega le había dado, y escribió cuanto le fué dictando el asturianillo.

—¿Y vas á recorrer tú solo la España? le dijo en seguida con aire de compasion. ¿Has dejado á tu padre?

—Soy todavía muy joven para aprender su oficio.

—¿Qué oficio tiene?

—Albañil. Mi padre es albañil; mi abuelo era albañil, y yo seré como ellos cuando tenga muchas fuerzas.

—¿Dónde está tu padre?

—Si vd. me pregunta dónde está su casa y su familia, le diré á vd. que en Lugones; pero hace seis semanas que está en Lugas trabajando en un edificio que se reedifica por haberse incendiado.

—¿Lugas! ¿se reedifica un edificio? ¿Hay allí muchos albañiles?

—¡Muchísimos!... Yo lo he visto cuando pasé por allí; los habitantes del pueblo no bastan para tan grande obra, y ha sido preciso que vayan trabajadores de otras partes. Cada palabra de aquel chico aumentaba la curiosidad de Mauricio. El niño añadió:

—Buena gente hay allí, y mi padre tiene muchos amigos entre ellos. Cuando me envió á recorrer la España, dos ó tres de sus amigos me han dado algunas esquelitas para sus casas si pasaba por ellas.

—Enséñame esas cartas, yo te lo ruego. Puede ser que entre ellas haya alguna de mi padre.

—¿Su padre de vd. es albañil?

—Si, amigo mio, como el tuyo. Yo te lo ruego, enséñame esas cartas.

El niño le entregó los papeles, entre los cuales no tuvo que buscar mucho Mauricio, pues una de las primeras cartas que vió estaba dirigida á la señora Justina Salazar, la difunta prima. ¿Y la letra? Mauricio la reconoció al momento. Temblaban sus manos; sus ojos se llenaban de lágrimas. Despues de algunas esplicaciones dadas con cierto desórden, tuvo el permiso de abrir la carta y encontró dentro otra para él. Entonces sus lágrimas corrieron con tal abundancia que se humedeció el papel. Mauricio un tanto repuesto de su emocion logró leer. Era una favorable recomendacion en pro del asturianito, y manifestaciones de ternura, juiciosos consejos, como los que dicta un buen padre al hijo que supone siempre un buen hijo.

—¿Qué desgraciado soy! exclamó, ¿yo he podido olvidarlo?



Entonces lleno de dolor y de remordimientos no le ocupa mas que un pensamiento; correr á Llugas, echarse á los pies de su padre y pedirle perdon. Pero, ¿cuántos dias tendrá que andar por el camino?

—Pocos, puesto que tiene vd. un cababallo.

—No es mio.

—¡Qué lástima! en menos de tres dias estaba vd. alli. ¡Qué tentacion para Mauricio! ¡Sabe ya donde está su padre; conoce el camino; se encuentra á caballo! Le hemos visto demasiado débil hasta aqui para que no ceda todavia. «Volveré pronto, se decia; devolveré la jaca; me disculparé luego con el señor y la señora Varaniega, porque si pido el permiso para partir, acaso me lo nieguen.» Este pensamiento y la vergüenza de confesar su mentira le hicieron cometer una falta mas. Partió, pues, despues de haber hecho prometer al asturiano que le visitara á su regreso. Quiso obligarle á que admitiere la mitad del dinero que llevaba, porque la buena señora que le habia recogido era muy rica y de todo lo proveia. El asturiano rehusó diciendo:

—Mi marmota me dá lo suficiente para vivir, y ademas espero llevar algun dinero á mi casa.

#### MAURICIO A CABALLO.

Los dos niños se separaron despues que se dieron las manos. Mauricio volvió de vez en cuando la cabeza con un sentimiento de compasion, pues el pobre pedáneo es naturalmente un objeto de compasion para el caballero. ¡Pobre Mauricio! si hubieras sabido lo que debia sucederte hubieras guardado esta compasion para ti mismo. Hizo una buena jornada el primer dia, y no se detuvo hasta que se ocultó el sol. Entró en la primer posada de buena apariencia que halló; le trataron muy bien, y tal vez de igual manera á su caballo, aunque la tierna edad del caballero dejó la montura á discrecion del mozo de cuadra. A la mañana siguiente cuando se trató de pagar, Mauricio quedó sorprendido del considerable gasto que habia hecho; me han tratado noblemente, dijo para sí, pero con dos sangrias de estas la bolsa no llega al término del viage; entonces conoció por lo que le pasaba, que si un caballero camina con mas rapidez, tambien gasta mucho mas y se creyó mas pobre con su caballo que con su perro; pues su cualidad de caballero, y su buena ropa exigian que su comportamiento fuese análogo en todo.

Partió algo enojado: los remordimientos se despertaron de nuevo y le ocasionaron grave inquietud. Aquel mismo padre á quien iba á buscar con un ardor que podia olvidar su falta, ¿no le condenaria el primero?

—¡Ah! qué necesidad tengo de volverle á ver, exclamaba, y de ponerme bajo su ámparo. ¡Sea yo malo ahora con tal de ser bueno despues!

Estas dolorosas reflexiones le estuvieron persiguiendo todo el dia. A la caída de la tarde debió atravesar un bosque para llegar á una aldea donde nuestro caballero, se lo habian dicho, encontraria una excelente posada. Habia llegado á lo mas espeso del bosque, cuando se encontró con un hombre de malas trazas, de quien procuró alejarse dirigiendo su caballo hácia la izquierda; pero el hombre fué mas diestro que Mauricio.

—¡La bolsa, caballerito! le dijo cogiendo el caballo por la brida.

Mauricio turbado de susto miró hácia atras como para llamar á su fiel defensor; semejante distraccion no duró mucho tiempo; pálido y tembloroso entregó su bolsa; la bolsa era muy bonita, pero no habia dentro con que contentar al ladrón, que contaba obtener una buena presa.

—Este dinero no corresponde con el porte de vd., le dijo el ladrón con insulto. Pero tiene vd. muy buena ropa; toda ella es nueva. ¡Vamos, á desnudarse!

Mauricio lloraba y gemia.

—Poco ruido; eso no conduce á nada, aligérese vd.

A un gesto imperativo del malvado, bajó Mauricio del caballo y se desnudó: el chaleco, el pantalon, las medias y las botas pasaron de manos de Mauricio á las del ladrón. Por último, habiéndole al ladrón parecido que la camisa era buena la quiso tambien. Mauricio temblando de miedo, la estendió en el suelo para envolver con ella la demás ropa de la que formó un paquete bajo la direccion del bandido, mientras que tenia el caballo.

Este miserable meditaba acaso el último atentado. Por lo menos su brazo, armado de un nudoso palo estaba levantado sobre la cabeza de Mauricio, cuando se oyó un grito á cierta distancia. El bandolero volvió la cabeza hácia aquella parte, y el niño tuvo la presencia de espíritu de esquivarse como un ratón, y de saltar desnudo conforme estaba sobre las rocas cubiertas de musgo. El ladrón no podia seguirle á este parage sin abandonar el paquete y el caballo, y prefirió saltar en la silla y alejarse al galope. Lo que habia salvado la vida del niño era el grito de un grajo turbado en su retiro por una ardilla.

Sin embargo, el susto, la emocion, el frio, ¿no harian lo que aquel malvado no habia logrado hacer? Mauricio estaba tan turbado, tan miserable, que quedó mucho tiempo inmóvil, incapaz de ayudarse á si mismo y no atreviéndose á pedir socorro. Al cabo de un momento, y encontrándose algo repuesto, recapacitó y sufrió mas todavia. La noche se aproximaba; ¿qué seria de él? ¡Ay! ¡iba á perecer tan cerca del pueblo que buscaba y en el que iba á encontrar á su padre! ¡Cuántos pesares! ¡cuántos remordimientos! ¡cuánto lloró, cuánto imploró á Dios de todo corazón, haciéndole humilde confesion de sus culpas!

En medio de tantas angustias oyó el trote de un caballo.

—¡Es él que vuelve! dijo con voz ahogada. ¡Dios mio, salvadme!

Temblaban sus rodillas, sus dientes sonaban y se estremeaba todo su cuerpo. Dichoso encuentro. Este hombre tan temido era un escopetero. Mauricio, pidió justicia á este personage tutelar, y le llamó en su auxilio con toda la voz que le quedaba. A estas quejas el escopetero volvió la cabeza y quedó sorprendido al ver un niño enteramente desnudo; algunas palabras mal articuladas de Mauricio lo enteraron de todo.

—¿Por dónde se ha dirigido ese hombre? preguntó el escopetero.

—Por ese lado.

—Sin embargo, yo he venido por ese lado, y no he visto nada. Se habrá separado del camino. En esto hizo un movimiento como para marchar en su busca. Mauricio exclamó:



—¿Y vd. me deja?

—¿Dejarte? No, es imposible. ¡Pobre niño! Está tiritando, y tiene los pies ensangrentados.

—Me he herido huyendo con las espinas.

—¡Qué infamia! ¡Si yo cogiese al malvado! ¡Tratar así á un pobre niño!

Y hablando de este modo el compasivo escopetero se quitó el capote de sus hombros y arropó con él á Mauricio; despues, cogiéndole en sus brazos, montó á caballo y le llevó lo mejor que pudo. El niño no se hallaba en estado de ir á la grupa.

De este modo anduvieron bastante tiempo. El escopetero se guardó bien de preguntar nada á Mauricio en el camino porque conoció por el temblor convulsivo del pobre niño que se encontraba muy agitado. En fin, llegaron á la casilla. Se encendió una buena lumbre, se calentó el niño y le hicieron tomar una taza de caldo, despues de lo cual le acostaron en una cama de campaña. Restaurado, bien acostado y perfectamente arropado, se durmió Mauricio con el sentimiento de una completa seguridad, porque se encontraba en medio de los escopeteros que perseguían á los ladrones.

#### MAURICIO ENCUENTRA A SU PADRE.

Durmió bastante tiempo. Cuando despertó, el primer objeto que vió fué su ropa á la cabecera. Creía que soñaba. Le digeron que el escopetero á quien debía su vida le habia hecho este nuevo servicio, y que acababa de coger al malhechor y al caballo. Con semejante noticia se vistió muy gozoso; le preguntaron su nombre, y esta vez se guardó bien de mentir, porque se arrepentía de su falta, y además porque hablaba á la autoridad que se debe engañar menos que á nadie. Declaró en su consecuencia que se llamaba Mauricio Salazar.

—¡Mauricio Salazar! exclamaron los escopeteros; hijo del albañil.

—Si señores ¿Cómo lo saben vds?

—Con efecto, la filiacion es exacta, dijo el gefe del puesto, que tomando un papel hizo detalladamente el análisis de su fisonomía. Todo se encontró conforme y como debia ser.

—¡Ah! desgraciado niño. ¡Cuánto has hecho sufrir á tu padre! dijo gravemente uno que tenia el bigote gris.

—¡Mi padre! ¿Saben vds. dónde se halla? ¿Sabe él dónde yo estoy?

—Sabemos donde está, y dentro de dos horas podra verte si Dios lo quiere.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un acento que hizo estremecer á Mauricio.

—¡Ah! caballeros... ¿está acaso?

—Está enfermo de inquietud; pero confío en que tu presencia le curará.

Entonces el niño comenzó á lanzar gestos de dolor. El viejo de los bigotes le cogió por la mano y se encargó de llevar al niño á los brazos de su padre.

—Vamos, decía Mauricio..... ¡Dios mío, perdonadme! ¡curadle! ¡yo voy á ser muy desgraciado...!

Se enganchó un caballo á un pequeño carruaje. El niño supo por el camino que su padre habia escrito á la aldea algunos días antes, y que en el momento que se enteró de la muerte de su prima y la fuga de su hijo habia salido en su

busca y como sospechaba la verdad, es decir, que Mauricio habia querido reunirse con él, recorrió el mismo camino, y no habiendo encontrado á su hijo cayó enfermo.

Fué preciso prepararle por grados á la alegría que iba á experimentar. El buen hombre que le llevaba á su hijo le anunció primero que habia tenido noticias de él y que estaba bueno; luego añadió que él mismo le habia visto, y últimamente le dijo que el niño se encontraba allí:

—¡Mauricio! exclamó.

No le podian detener, se queria levantar de la cama, hasta que vino Mauricio se arrojó en los brazos de su padre; luego se postró de rodillas sin quererse levantar.

—¡Perdon, perdon! con voz ahogada; pero las caricias paternales le digeron que no estaba delante de un juez severo. Prudencio dijo á su hijo:

—Mauricio, poco ha faltado para que me hicieras morir. A cuya amarga reconvencion el niño se echó á llorar y demostró un grande arrepentimiento.

La alegría reparó el mal que la angustia habia causado. Prudencio se halló pronto en estado de escuchar la historia de Mauricio; el niño no ocultó ni el bien ni el mal, y en esta cándida franqueza pudo reconocer el padre, que por una gran casualidad, la vida del aventurero no habia ocasionado á su hijo un daño irreparable.

—¿Y el pobre Cascabel? ¿Qué ha sido de ese pobre animal, decía Prudencio, bastante feliz en aquella ocasión para sentir la pérdida de su perro.

—Hijo mío, añadió Prudencio, no podemos dispensarnos de visitar aquellas personas que te han socorrido. Debemos excusas á muchos y hasta reparaciones. El bien que Dios nos ha dispensado debe hacernos recobrar nuestros deberes hacia los hombres: no seamos felices é ingratos. Al regresar á su casa, anduvieron el mismo camino que Mauricio acababa de andar; pero ¡qué diferencia de viaje á viaje! el uno lleno de accidentes y de penas, y el otro lleno de encantos. El padre y el niño caminaban amenudo cogidos de la mano: tambien á menudo montaba Mauricio la jaca que llevaba á la quinta de Varaniega. Mostraba á su padre los sitios donde le habia pasado tal y tal cosa, y algunas veces se detenian en los mismos lugares. La entrevista del señor y la señora de Varaniega fué una de las mas interesantes; este digno matrimonio se regocijó de ver volver al niño: escucharon con interés su historia, y le perdonaron su disimulo y su fuga con extraordinaria bondad.

—Dios se lo ha devuelto á vd., dijo la señora á Prudencio; yo no se lo pediré á vd.; pero prometame vd. establecerse en nuestra vecindad. Mauricio que no ha querido ser nuestro hijo no rehusará ser nuestro amigo.

Lo prometieron reconocidos y cumplieron su promesa.

Despues de haber visitado la quinta, no desdeñaron pasar á la humilde casa del carnicero, donde á los dos les esperaba una nueva alegría, pues encontraron allí á Cascabel. El buen hombre habia concluido por descubrir al robador, y sin hablarle de lo que sabia, pidió el perro del viajero presumiendo que podria devolvérselo algun día. Para adivinar cuál fué la alegría del pobre animal, es preciso haber encontrado un perro fiel. Y Cascabel habia pasado por tantas pruebas que estaba mas que justificada su sensibilidad natural.

Despues que cumplieron todos los deberes que exigian su honradez y su reconocimiento, Prudencio y su hijo vol-



vieron á entrar en su aldea, lo cual fué un verdadero acontecimiento: encontraron al vecino perfectamente curado de sus heridas, y le hicieron en su nombre y en nombre de su ladrador enemigo escusas que él recibió muy mal. En seguida arreglaron sus asuntos, cogieron su equipage y dejaron la aldea del señor Santiago para pasar á la quinta de los señores de Varaniga, quienes cobraron tal cariño á Mauricio, que viendo sus bellas disposiciones le enviaron á Madrid á estudiar á sus espensas, donde en breve concluyó la carrera de arquitectura. Vuelto al lugar con su padre, que lo habia acompañado, trazó los planos de una nueva quinta para sus bienhechores, cuyos trabajos no llegaron á principiarse por la muerte casi repentina de estos, efecto de una fiebre maligna que se desarrolló en la comarca, de la que tambien sucumbió Prudencio dos semanas despues. Cascabel habia muerto de viejo hacia ya cuatro años. Entonces fué cuando Mauricio se vino á establecer en Madrid en casa de su tia Gertrudis de quien hicimos mérito en el capítulo primero de la primera parte de los *Recuerdos de un Viaje*.

## CONCLUSION.

Nos hallábamos Mauricio y yo una noche, el invierno último en el teatro Real, y al salir en el entreacto al café, nos llamó la atencion un hombre que desde su luneta nos miraba fijamente como si quisiera reconocernos y cuya fisonomía no nos era enteramente estraña.

—¿Sabes tú quién es? me preguntó Mauricio

—No por cierto; pero á ese hombre le hemos visto en alguna parte.

Diciendo esto nos sentamos junto á una mesa, y dos minutos despues vimos entrar al desconocido dirigiendo la vista á todos lados como quien busca á alguna persona; en cuanto nos descubrió se vino derecho á nosotros.

—Sentiria, dijo saludando, ser importuno, pero me parece que nos hemos hablado antes de ahora, y no puedo resistir á la tentacion de hacerles una pregunta: ¿Han estado vds. alguna vez en Coruña, junto á Aranda?...

—¡Don Antonio! gritó mi amigo levantándose para darle la mano y yo seguí su ejemplo.

—El mismo para servir á vds., replicó el forastero (1).

—¿Y cómo es que está vd. en Madrid? preguntamos á la vez.

—Vengo de Valencia de unos negocios, y voy de paso otra vez para la aldea; pero me he detenido unos dias en Madrid, no tanto por ver yo la corte, como por dar gusto á mi hija, que como muchacha le agradan estas cosas.

—¡Su hija de vd!... Segun eso se ha vuelto vd. á casar ó se reunió al fin con su esposa...

—Ni lo uno ni lo otro, contesto don Antonio; es una historia de las mias; pero como el sitio en que estamos no es á propósito para referir historias, si quieren vds. que se la cuente, se han de tomar el trabajo de ir á mi casa mañana á almorzar conmigo y será el segundo almuerzo y la segunda historia que me deban. Vivo en la fonda de Peninsulares, y alli conocerán vds. á Maria, que no les disgustará.

Inútil es añadir, no solo que aceptamos el ofrecimiento de don Antonio, sino que fuimos puntuales á la cita; Mau-

(1) Véase el capítulo III de la primera parte de los *Recuerdos de un viaje por España*.

ricio tenia tal curiosidad, que me aseguró mas de una vez por el camino que no habia dormido en toda la noche.

Cuando entramos en el cuarto, hallamos á don Antonio solo; su hija, segun nos dijo, habia ido á misa porque era dia festivo. Nos sentamos, y sin hacerse rogar, nuestro huésped empezó la siguiente narracion.

—«Ya saben vds. la estraña manera como se verificó mi boda, y que cuando me conocieron ninguna noticia tenia de mi muger ni de su familia. Hace cosa de un mes que recibí la carta que voy á leerles, y que se puede decir es la esplicacion de todos los misterios.

Don Antonio cogió un papel de la mesa y leyó con voz conmovida lo siguiente:

«Si el arrepentimiento puede servir de disculpa á una muger desgraciada, el mio es tan sincero que no dudo alcanzar con él mi perdón. Os escribo, señor á las puertas del sepulcro no para pedirlos gracia para mí, que no la merezco, sino para recomendaros un ser desgraciado, una niña inocente que lleva vuestro nombre. Olvidar por Dios la singular manera como obtuvisteis el título de esposo mio, que hoy me avergüenzo daros, no porque vos no lo merezcáis, sino porque yo soy indigna de usarlo; ninguna parte tuve en aquella escena incalificable; obedecí resignada para secundar los planes de ambicion del que me dió el ser; pero el cielo sabe que en mi interior protestaba contra un procedimiento que siempre me pareció inicuo. Voy á referiros mi historia tan breve como triste, y despues de leerla pronunciar vuestro fallo. Nacida en pais estraño y perteneciente á la alta clase social, perdí á mi madre siendo niña y vine poco despues á España con mi padre y el aya que me crió, demasiado cariñosa conmigo para que no fuese indulgente. Dotada de un cofazon sensible y apasionado, la influencia del clima aumentó la energia de mi temperamento, y apenas muger concebí una pasion loca por un jóven que vi en un baile á quien me abandoné sin ninguna reserva fiada en su honradez y en la proverbial hidalguia española. Cuando mi padre se enteró de la falta que habia cometido quiso casarme con él pero mi amante se escusó primero, y despues se negó rotundamente por que el infame era ya esposo de otra. Entonces formó sin duda mi padre el proyecto que realizó luego en Coruña donde os conocí; pero nada me dijo hasta el momento de verificarlo, ni yo tenia medio de impedirlo. Lo que mi padre se proponia, era, al mismo tiempo que cubrir mi falta, asegurarme la herencia de un tio estravagante que ponia por condicion que no pudiera disfrutar de sus bienes mientras no estuviese casada y tuviera hijos *varones*, palabra esta última que mi padre no tomó en cuenta, y que ha servido luego para destruir toda su obra, porque siendo una niña lo que di á luz jamás he podido poseer el legado.

«Despues de nuestro casamiento pasé viajando con mi padre algunos meses, pero acabándose á este la licencia que habia obtenido, y siendo preciso volver á Madrid, nos embarcamos en Marsella para regresar por Cataluña y Valencia, pues haciéndolo por el camino directo nos esponiamos á que de una ú otra manera pudiérais vos dar con nosotros. En uno de los pueblos del tránsito fué donde gozé el placer de ser madre para tener la pena de separarme en el acto de la hija de mis entrañas. Mi padre la dió á criar y ha cuidado de su mantenimiento, sin duda, hasta su muerte pero sin decirme jamás el paradero de Maria ni



consentir en que la viese. Solo se por un apunte que se halló en su gaveta, que se bautizó con vuestro nombre, y que se la podrá reconocer por la contraseña que os incluyo. Muerto mi padre, mi deber bien lo sé, era haber volado en busca de mi hija, y luego en la vuestra para arrojarle á vuestros pies y pedirlos perdon; pero habia vuelto á ver en Madrid á mi infame seductor y de nuevo me dejé alucinar por sus halagos. Olvidando á la vez los deberes de madre y esposa, me contenté con escribir al pueblo donde presumia que debía estar mi hija, y me contestaron que ella y la muger que la crió habian marchado hacia algun tiempo para ponerse al abrigo de la miseria. Despues nada he sabido ni he procurado saber; pero hoy que la divina Providencia parece apiadarse de mí llevandome á mejor vida al cabo de dos años de una enfermedad asquerosa en que he sufrido mil géneros de martirios; hoy que me veo abandonada de todos, hasta del hombre que ha causado mis desdichas, os escribo para pedirlos perdon y para suplicaros que busquéis y ampareis á mi hija, á mi pobre Maria.... Tenerla, señor, á vuestro lado, preservarla de la miseria, y sobre todo evitarla caer en el abismo en que yo he caído. Educarla para que os ame pero no la habéis nunca de esta infeliz que ya habrá dado cuenta de sus culpas cuando recibais esta carta, y que muere rogando al Todopoderoso os haga tan felices á los dos cuánto desgraciada ha sido ella. Adios, señor, por última vez.... ¡Cuidar de mi Maria!»

—En vista de esta carta, continuó don Antonio despues de una pausa de algunos instantes, emprendí el camino á Madrid donde supe que mi muger habia muerto efectivamente la misma noche del día que me escribió en una espantosa miseria, porque su amante la habia robado todo, hasta la ropa de su uso, antes de abandonarla. Luego marché en busca de su hija, que no me fué difícil encontrar, y con ella y con la buena muger que la ha criado, estoy aqui de paso para Aranda, como digo á vds. anoche, donde pienso que me ayuden á comer los tres mil ducados de renta que me dió su abuelo algo aumentados hoy con mis ahorros.

Don Antonio guardó silencio y mi amigo y yo le imitamos sin podernos explicar la causa: de pronto la puerta del cuarto se abrió, y Mauricio que estaba sentado de frente, dió un grito que fué contestado por otro aun mas agudo, yo volvi la cara asustado, y todo lo comprendi. Acababan de entrar en el aposento dos mugeres, y estas eran Marta y Marieta nuestras patronas de Valencia, de quien habíamos en el capitulo trece de la cuarta parte de los *Recuerdos*.

—¿Es esta jóven la hija de su esposa de vd.? pregunté á don Antonio.

—Si señor, esta es mi hija, me contestó con dignidad.

Mauricio entretanto habia corrido al lado de Marieta que pálida como un cadáver se apoyaba en Marta para no caer al suelo; don Antonio sin entender lo que veia pudo al fin decirme:

—Pues qué glas conocian vds.?

Yo le dije entonces que habíamos vivido en su casa en Valencia pero sin descubrirle el cariño de mi amigo que siempre tomé por un pasatiempo; pero Mauricio le explicó todo, pintando su amor á Marieta con tal vehemencia que desde entonces empecé á sospechar lo que luego á sucedido. En estas esplicaciones mi amigo sacó de la cartera la copia del papel que Marieta le dió para compararla con el

resto que era la contraseña enviada á don Antonio por su muger, y halló que reunidos ambos pedazos decia:

*Esta niña es hija de la  
marquesa de Douval y de  
Don Antonio de Men-  
doza. Nació el 13 de marzo de 1836.*

Cuando todos nos hubimos calmado un poco, don Antonio pidió el almuerzo, que esta vez no solo fué abundante, sino servido con el mayor gusto. Lo que sucedió despues es poco interesante; basta decir que don Antonio no se marchó tan pronto como queria, sino que se quedó en Madrid para presidir la boda del voluble, del inconsecuente Mauricio con la interesante Marieta, y lo que es peor todavía, para celebrar la suya propia con la buena de Marta. En vista del ejemplo presumo que hubiera alcanzado el contagio hasta mí, á no ser porque ya hico yo esa calaverada hace mucho tiempo.

## LA TOMA DE GIBRALTAR.

### I.

Muy empeñada estaba la lid en la Andalucía en la primavera del año de 1308, entre las tropas de Aragon y de Castilla y las numerosas huestes mahometanas tanto de la Península como de Africa, de donde venian siempre los refuerzos. Por fortuna de España, no eran ya los tiempos en que habia que combatir y que vencer en campo raso á los numerosos escuadrones de la morisma: limitábanse ya los infieles á permanecer á la defensiva encastillados en sus fortalezas; pero así y todo, era objeto de inauditos esfuerzos el desalojarlos de aquellos reparos, que por lo mismo que eran los últimos, eran con mas constancia defendidos. Por entonces dos importantes ciudades Algeciras y Almería eran el blanco de los deseos de los cristianos, y como reinaba cierta noble competencia entre castellanos y aragoneses, mientras que aquellos fueron á emprender el cerco de Algeciras, estos sitiaron decididamente á Almería. Ambas ciudades tenian buenos elementos de resistencia y antes que ellas se rindiesen, Ceuta, la africana fortaleza llave del estrecho, vino á caer en poder de los aragoneses. Era entonces muy respetable la potencia de estos en el mar, y Gisberto, vizconde de Castelnovo que con parte de la armada de Aragon, andaba costeando la marina, se dirigió de improviso á Ceuta, donde se creia á los cristianos muy distraídos en la guerra de la Península, y se apoderó de ella con tanto valor como fortuna. La toma de Ceuta llenó de sentimiento y de indignacion á los moros de España y este sentimiento y esta cólera les inspiraron una resolucion audaz y desesperada. Los de Algeciras, que eran los mas pujantes, aprovechando una coyuntura favorable, hacen una salida de la plaza y van á caer de improviso sobre los aragoneses que sitiaban á Almería. Lo imprevisto del ataque introduce la confusion en las filas, y ya los moros de Almería, que presurosos se agolpan á la muralla, creyendo derrotados á los sitiadores, victorean al ejército libertador; pero los aragoneses logran rehacerse y llevar lo mejor de la pelea, poniendo á los moros en huida y persiguiendolos con



tal teson y tal furia, que dejando inconsideradamente abandonados los reales, dan lugar á que los moros de Almería salgan con presteza de la plaza, y saqueen muy á su placer el campamento de las tropas de Aragon, antes de que estas puedan volver á rechazarlos.

Mucho contribuian estos descalabros de los infieles y las contiendas que con los aragoneses tenian, á animar á los cristianos del cerco de Algeciras; pero á pesar de todo, era tal la fortaleza de esta plaza, que contaba con una decidida guarnicion, que los castellanos llegaron á perder las esperanzas de conquistarla, y mucho menos en el tiempo que se habian prometido. Ello es que desistieron del cerco y despues de haber acordado lo que mas convenia hacer, reunieron todos los refuerzos que llegaron de Sevilla y fueron á caer de improviso sobre la importante plaza de Gibraltar, formando una lucida hueste en la que se contaban hombres de tanta nombradía como el arzobispo de Sevilla, don Juan Nuñez de Lara, y el heroico defensor de Tarifa don Alonso Perez de Guzman.

## II.

Gibraltar que hoy es límite del continente europeo, era el límite del mundo para los antiguos, y en su enorme monte están vinculadas muchas tradiciones mitológicas de los tiempos primitivos. Poseedores los árabes de aquella inespugnable roca, desde que invadieron el suelo de la Península; la dieron el nombre de Gebal Tarik, en memoria de su gefe y de aquí proviene el nombre de Gibraltar. Habian fortificado los infieles á su manera la poblacion; pero la importancia de esta no era debida ni á sus murallas ni á sus defensores, sino á la formidable masa de piedra de mil trescientos pies de elevacion á cuyo amparo parece que estaba colocada la ciudad.

Establecieron las tropas castellanas un rigoroso bloqueo y acometieron varias veces á la plaza; pero estaban los moros tan orgullosos con su posicion, que rechazaron todos los ataques con el mayor denuedo, respondiendo con insultantes palabras á las proposiciones de concierto que los cristianos les hacian. Conoció entonces don Juan Nuñez de Lara que en aquella empresa habia que luchar con la naturaleza mas que con las fuerzas y el poder de los hombres y que era forzoso imponer á los enemigos con alguna accion temeraria que les hiciese perder la confianza en aquello mismo que mas la tenian fundada. Despues de haber hecho reconocer el peñon y de haberle reconocido en persona, concibió un atrevido proyecto, y sin tardanza le puso en ejecucion. Aun no se conocian en la milicia española aquellas compañías de *escaladores* que tanto se distinguieron despues en repetidos asaltos; pero no faltaban en el ejército, intrépidos y robustos montañeses, acostumbrados desde sus primeros años á trepar por las asperezas y á cuidar y recoger el ganado entre las breñas. Hizo, pues, que viniesen á su presencia cuantos se hallaban con aquellos requisitos, y les habló así:

—Amigos y compañeros míos; toda la resistencia del enemigo está fundada en ese enorme peñon, que protege la ciudad y que creen inespugnable. Es preciso escalarle á toda costa, para quitar á los moros toda su esperanza, para que vean de cuanto es capaz vuestro valor y para abreviar por el único medio posible los males que en este

sitio padecemos. Para tan noble empresa os he llamado: con vosotros cuento y no os digo ya las recompensas que os esperan, pues sé que en este momento, mas que todo otro interés, os anima el deseo de conquistar tan inmarcesible lauro y ejecutar una accion que ha de ser sonada en toda España.

No era tanto el entusiasmo de los mancebos como el que Lara creia: estaban sorprendidos con la novedad y asombrados de la magnitud de la empresa. Parecia que no se podia hablar seriamente de escalar aquella roca, tajada y perpendicular por algunas partes, y despues de haberla contemplado, volvieron tristemente la cabeza hácia el de Lara diciendo:

—¡Es imposible!

—Nada, replicó, hay tan imposible aun en la misma naturaleza, que no pueda ser superado por la constancia y el valor de los hombres: nada hay imposible para los soldados españoles, cuando se trata de una heroica empresa.... ¿Queréis ó no queréis que Gibraltar sea del rey de España?

—Si queremos, clamaron todos á una voz.

—Pues entonces, basta con que algunos de vosotros lleguen á poner el pie en aquella eminencia: esto es lo que os pido y lo demas dejadlo á mi cuidado.

Ni uno solo de aquellos soldados pensó en retirarse de la empresa, cobrando nuevo ánimo y persuadidos con las razones del de Lara. Preparáronse para aquella misma noche en la que unas transparentes nubes prometían tener algun tanto velada la luz de la luna, y á hora competente salieron armados muy á la ligera y llevando algunas cuñas y garfios para ayudarse en sus operaciones. Era preciso escalar la peña por la parte mas escarpada, por lo mismo que allí la vigilancia era casi nula y los moros no tenian centinelas que pudiesen dar el grito de alarma. Don Juan Nuñez de Lara los acompañó hasta el sitio en que habian de empezar su maniobra, les dió instrucciones y despues de haber convenido en la señal que habian de hacer cuando ganasen la cima, se retiró á preparar las tropas para el ataque del inmediato día, y bien resuelto á llamar con ellas en el momento critico toda la atencion de los enemigos, para salvar á toda costa á los que se habian arrojado á tanto peligro.

## III.

Noche fué aquella de la mayor ansiedad para gefes y soldados del ejército cristiano. Mucho antes de amanecer ya estaban acercándose silenciosamente á la plaza y enfilando los senderos que á ella conducian varias columnas de ataque mandadas por gefes decididos, y esperábase con impaciencia la primera claridad del día, para tener alguna noticia de los que con tanta osadía escalaban la peña. Habian estos logrado su empresa con toda felicidad y sin ser sentidos por los moros, cuya vigilancia no fué bastante á escitar, ni el mismo estrépito producido por algun infeliz que caía despeñado, causando inesplicable horror á sus compañeros espuestos á igual destino.

Despuntaba apenas la primera luz del alba, cuando el de Lara vió ondear en lo alto de la montaña el lienzo blanco que los escaladores habian de agitar, segun la señal convenida. Hízoselo notar lleno de júbilo á cuantos le rodea-



ban, y bien pronto la consoladora señal fué vista por todas las tropas, en las que infundió tal ánimo que se lanzaron presurosas al combate, aun antes que estuviese definitivamente resuelto el asalto.

Sorprendidos los moros con tan inesperado ataque, y no sabiendo á qué atribuir la audacia de sus enemigos acudieron de rebato á defender sus puestos, sin reparar todavía en los que tenían á sus espaldas sobre la cumbre, pero cuando les hizo reparar en ello la gritaria del ejército cristiano; que era como un indicio de la seguridad de la victoria; cuando volvieron la cabeza y vieron con asombro á los pocos que habian llegado á la cumbre, pero que

ellos creian mucho mas numerosos asomados al borde de la roca cortada á pico, y como suspensa sobre sus habitaciones, el desaliento se apoderó de ellos, y mayor todavía fué el terror pánico en la ciudad, donde los habitantes despavoridos corrian por las calles, y abandonando los puntos de defensa salian precipitadamente al campo, creyendo en el mayor peligro sus vidas, y persuadidos de que iban á desgajar sobre ellos la inmensa mole del peñasco.

En tal desorden, y estrechados de cerca por las armas cristianas, los principales de la ciudad se reunen para tratar de concierto con los gefes cristianos, y para obtener las



Ni tú, ni los de tu raza, Podreis inquietarme ya mas.

condiciones que les fuesen mas favorables, como así lo lograron, quedando desde aquel momento la importante plaza de Gibraltar por el rey de España, en la que con la velocidad del rayo se difundió bien pronto tan grata noticia.

La alegría de la victoria se disminuyó algun tanto con una gran pérdida que tuvo el ejército sitiador. Avanzaba un destacamento de él por el monte Gausin, cuando los pocos que á vanguardia iban en descubierta, al distinguir una gran polvareda y columbrar á numerosos enemigos, volvieron rápidamente á infundir la alarma en el destacamento. Evidentemente eran los infieles, sedientos de venganza, y convenia evitar su choque en aquel parage; pero hubo allí un caballero, nunca acostumbrado á retroceder, y que antes de hacerlo en aquella ocasion, quiso cerciorarse por sí mismo del número é intenciones de los enemi-

gos. Picó espuelas al caballo y se adelantó á un repecho desde el que se descubria bastante terreno. Ya estaban encima los infieles, y el caballero al verlos enristró su lanza; este ademan contiene á los enemigos por un momento; mas al ver que se halla completamente solo, se arrojan sobre él y consiguen quitarle la vida á costa de una desesperada resistencia. Era este caballero el heróico defensor de Tarifa, el ilustre don Alonso Perez de Guzman el Bueno.

#### IV.

Túvose á tanto dicha la entrega de Gibraltar, que no se titubeó en conceder á los rendidos las condiciones mas ventajosas; así es que fué estipulado habian de salir de la plaza en completa libertad, y con sus riquezas y bagages para ir á el punto en que pudiesen todavia hallar algun asi-



lo en la Península ó pasar á el Africa si mas les conviniese. Habia ademas otra condicion en la que los moros hicieron mucho empeño, y era la de que solo al rey habian de hacer la entrega de la ciudad, queriendo sin duda disimular asi el oprobio del vencimiento. Fué preciso que viniese á Gibraltar el monarca español, que lo era entonces don Fernando IV llamado *el Emplazado*, y á él se le hizo la entrega de las llaves de la plaza, con todo el ceremonial de usanza en tales casos.

Por frente del monarca á la cabeza de su ejército victorioso, desfilaban los rendidos abandonando para siempre sus hogares, y espresando bien en sus semblantes las tristes sensaciones que aquel suceso les hacia experimentar. Hubo entre aquellos moros uno, ya muy anciano, que exasperado y con toda la audacia que infunde la desesperacion, se adelantó hácia el rey y le dijo:

—Ni tú, ni los de tu raza podreis inquietarme ya mas. Aun era yo jóven y manejaba bien las armas, cuando tu visabuelo me hizo salir de Sevilla; vino tu abuelo y me hizo salir de Jerez; llega despues tu padre y no pudimos resistirle en los muros de Tarifa; y por último, tú ahora me arrojas de Gibraltar que era mi último amparo. Voime, pues, á morir á el Africa, único sitio donde esté al abrigo de vuestras persecuciones y puedan tener algun sosiego mis cansados años.

Estas sentidas palabras del moro revelan bien y sin necesidad de exageracion, cuáles eran los rápidos é importantes progresos de las armas cristianas, acaudilladas por unos reyes cuyo pensamiento dominante era, lanzando á los infieles de la Península, restituir su unidad y sus antiguos límites á la monarquía.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

## ESTUDIOS DE VIAGES.



Vista de Coblenz

### COBLENTZ.

Uno de los espectáculos mas agradables y pintorescos, es el que ofrece el Rhin bajando por él con direccion á Coblenz. A la izquierda se vé una altura en la que estuvo antes situado el monasterio de la Cártaja, y actualmente se

halla rodeada de fortificaciones que levantó el temor de los alemanes al recuerdo de la Francia en la época imperial. En la playa se estiende la ciudad de Coblenz con su hermoso castillo enteramente renovado, y por todos lados se ven estensas vegas tapizadas de yerba y hermosos y variados accidentes de terreno. La confluencia del río Mosella en el Rhin, que baña por ambos lados la ciudad, comunica á este paisage movimiento y belleza á un mismo tiempo.

TOMO X.

12



En las afueras de Coblentz hay que admirar el puente de Mosella desde cuyo punto se contemplan los más pintorescos puntos de vista: allí se vé el campo donde fué enterrado el general republicano Marceau y su compañero de armas Hoche, cuyo sepulcro se halla inmediato á la *Torre blanca*.

## LA RUSIA Y LOS RUSOS.

### MONUMENTOS, RECUERDOS HISTÓRICOS, COSTUMBRES.

#### EL MONASTERIO DE TROITZA.

Importancia del convento de Troitza.—Preocupaciones sobre la Rusia.—Fundacion de Troitza.—San Serge.—Los mongoles.—Su retrato.—Su táctica.—Sus victorias.—Dmitri Ivanovich.—Su entrevista con San Serge.—Su triunfo.—Troitza fortificada.—Otrepiéf, el falso Dmitri.—Sus aventuras.—Su elevacion.—Marina, su esposa.—Su fin trágico.—Sitio de Troitza.—Nuevo salvador.—Palitz-eun.—Siervos del convento.—Su recinto.—Sus tesoros.—Reliquias de San Serge.

A diez y siete leguas de Moscou, en la direccion norte, nordeste, y en los límites de los gobiernos de Tver y de Vladimiro, aparece el monasterio de Troitza ó de la *Trinidad*.

Este convento está considerado como el segundo por su antigüedad, y el primero por el interés de los recuerdos históricos que revela, entre los tres, á los cuales los rusos han dado la honorífica designacion de *Lavra*. Los otros dos son el monasterio de las Grutas en Kief, y el de San Alejandro Nevski, en San Petersburgo. Del convento de Troitza salió el arquimandrita Platon, que ocupa un lugar distinguido entre los escritores rusos; en este mismo recinto, el joven Pedro, que fué despues Pedro el Grande, encontró asilo y proteccion contra los Strelitz revolucionarios; pero los otros títulos de esta piadosa fundacion en reconocimiento de la Rusia tienen una fecha mas remota, como podrá verse mas adelante.

La mayor parte de nuestros lectores no han oido hablar de la Rusia sino como de un pais de vastísima extension, donde reina un frio escesivo, y cuya forma de gobierno es absolutista. Apresurémonos á decir que las instituciones de Novogorod florecian en una época en que la Europa occidental salia apenas de las tinieblas de la ignorancia; y que, si la invasion de los mongoles ha retardado la civilizacion de los eslavos orientales, á sus solicitudes y á su valor debemos tal vez habernos libertado del yugo de las hordas asiáticas.

En cuanto al clima, es necesario observar que este inmenso imperio encierra las latitudes mas diversas desde las regiones polares hasta las paralelas que descienden al Sud, mas allá de Erzeroum y de Erivan.

La fundacion del monasterio de la Trinidad, se remonta al año de 4338. Un monge llamado Serge, y que la iglesia rusa honra con el nombre de santo, edificó primero una pequeña ermita en el bosque Radonéje, cerca de una aldea del mismo nombre, hoy Gorodok. Un gran número de monges vinieron á fijar su residencia en derredor de la del piadoso anacoreta, quien en el interés de los peregrinos que atraía su reputacion de santidad, elevó en las inmediacio-

nes una iglesia que consagró á la Santísima Trinidad.

Para que se comprenda mejor la veneracion de la Rusia hácia San Serge, vamos á colocar á nuestros lectores en medio de la primera invasion de los mongoles. Preguntando á las ruinas que ofrece á cada instante la historia, consuela ver la iglesia cristiana dar el ejemplo de las virtudes que á menudo hacen durar los imperios.

En la Tartaria china andaban errantes, á mediados del siglo XII, hordas de mongoles del mismo origen que los turcos de Oriente. Este pueblo era ya poderoso por sus conquistas.

Una silla elevada que permitia al mongol combatir casi de pié sobre sus anchos estribos, una brida de cuero, cuyos nudos formaban el bocado; sin mas armas que una cimitarra, flechas y una lanza; sin otro vestido que un caftan de tela tosca y una piel de carnero, un casco que pudiera cubrirle la cabeza y parte de la espalda, constituian el exterior de estos nómadas, descendientes de los hunos, y no menos feroces que sus antepasados. Este traje grotesco armonizaba con el físico del guerrero tártaro. Su estatura era ademas reducida por la encorvadura que contraian las piernas, á consecuencia del constante ejercicio del caballo. Tenia anchas las espaldas, la frente diáfana, los ojos no muy abiertos y oblicuamente hendidos como los chinos. Un desaseo repugnante, y un olor especial, debido á la mezcla del sudor del hombre y del caballo, completaban el hediondo aspecto de estos nómadas.

Los altos de las hordas parecian inmensos campamentos; se paraban generalmente á orillas de los rios, y enviaban numerosas descubiertas para reconocer el pais y asegurarse de la abundancia de los pastos. En sus marchas quemaban y saqueaban los pueblos, llevándose esclavos á las jóvenes y á los hombres bien formados, y degollaban sin compasion á todos aquellos que durante sus escursiones no servian mas que de embarazo. La leche y la carne de sus yeguas eran su alimento ordinario. Era tal su destreza y su seguridad sobre el caballo, que hasta dormian sobre la silla; y sin duda esta constancia en las fatigas y los peligros, esta asociacion completa en todas las fases de la vida nómada entre el caballero y su montura, fué lo que dió origen á la antigua fábula de los centauros. El espíritu de la religion mahometana venia ademas en ayuda de la ferocidad nativa de estos bárbaros.

Cuerpos hábilmente escalonados y dispuestos á reunirse á la primera señal, presentaban masas tan considerables que parecia imposible toda clase de resistencia. En sus escursiones tenian por sistema no dejar á la espalda mas que desiertos, seguros de encontrar su subsistencia en todas las partes donde pudiesen pastar sus caballos. A la influencia de sus armas se unian todas las sutilezas de los asiáticos; los príncipes no obtenian su alianza sino bajo la humillante condicion del tributo, y á la menor veleidad de independencia, el khan y sus lugartenientes los trataban como esclavos rebeldes. El fanatismo y la crueldad de estas hordas, no menos que su sobriedad y su energia, esplican la rapidez de sus conquistas, las que vamos á bosquejar en pocas palabras.

En el siglo XII, Temoutchin, hijo del khan Bagadour, mandaba á cuarenta mil familias. Declaróse independiente de los tártaros, sometió las hordas comarcanas, y para sancionar su poder con el prestigio religioso, se hizo pro-



meter el imperio del mundo por un ermitaño, y tomó el nombre de Genghis-Khan, ó gran Khan. Somete á todo lo que le resiste, y el rey del Thibet se asocia á sus destinos.

Después de haber saqueado la China, gira hácia el Occidente, doma á los bukaros, y obliga á Mahoma II á huir delante de sus banderas.

Pronto los generales de Genghis invaden las márgenes del Caspio; los ávaros, los polovtsi son derrotados, y los fugitivos van hasta Kief, á llevar la nueva de la llegada de los bárbaros. Los príncipes rusos resisten y sus tropas son desbaratadas. Todo el Sud de la Rusia estaba en la mayor consternación, cuando de repente Genghis llama á sus generales, y los vencedores emprenden de nuevo el camino de Oriente.

En 1227, Octaï, hijo del gran Khan, le sucede; invade las provincias septentrionales de la China, y encarga á Batl para que someta á todo el Norte del mar Caspio. Este gefe incendia la capital de los búlgaros, penetra en el gobierno de Riazan, y exige de los rusos la décima parte de todos sus bienes. Indignados por esta proposición, los príncipes rusos toman las armas, y su derrota es la señal de una completa devastación. Harto de carnicería y de botín, Batl deja á los gefes enemigos que terminen la obra con sus disidencias interiores, y retrocede mientras tanto al Don.

Esta tregua no fué muy duradera; lanza de nuevo sus hordas sobre los gobiernos del Sud; incendia ciudades florecientes, y sabiendo que Kief tenía la pretensión de resistir, se dirige á esta capital, cuyos despojos nadan en sangre durante tres días consecutivos. Templos, monumentos, sepulcros, todo fué destruido. Se disponía á llevar á cabo la ruina de la Rusia Meridional, cuando Dmitri, que había defendido en vano á Kief, logró persuadir al vencedor de conducir sus armas á Hungría. El rey de Galitzia, Danel, se ve obligado á reconocer la supremacía de los mongoles, quienes le imponen el papel de auxiliar, y parten sobre la Lituania y la Polonia.

Desde esta época, los príncipes rusos no reinaban mas que á gusto de los tártaros, é iban á buscar su investidura á la sede de la horda. Muchos murieron en las tiendas de los bárbaros; otros sucumbieron por la fatiga de tan largo viage, ó poco tiempo después de su regreso.

Diversas causas contribuyeron á salvar la Rusia: las divisiones que debilitaron la energía de la horda contra ella misma, la disciplina que dieron á los rusos sus guerras continuas con la Lituania y la Alemania; el establecimiento del gran principado en Moscou, que centralizó los elementos de la resistencia; la introducción de la pólvora, que varió la táctica de la guerra, y últimamente, la influencia del clero, que en estos siglos de opresión y de terror conservó el depósito de las virtudes civiles. Ya en mas de un encuentro los rusos habían hallado el secreto de sus fuerzas; pero la primera batalla de consideración en que humillaron á los orientales fué aquella que ganó Dmitri Ivanovitch, apellidado después *Donskoï*, es decir, *vencedor del Don*.

Este Dmitri era un príncipe de un carácter resuelto, y que parece envió la Providencia espresamente para oponer la fuerza y el ardid á los opresores de su país. Batido por los lituanos, inquietado por los príncipes de Tver y de Riazan, á los cuales hacia sombra la supremacía de Moscou, comprendió que la suerte de la Rusia dependía de

la nueva capital, y que un gran éxito podía únicamente sancionar este derecho. Quiso herir á un tiempo á sus rivales y á los mongoles, y llamó á su lado á todos aquellos que tenían corazón para reconquistar su independencia. Medita mucho tiempo las consecuencias de este partido extremo. Ya su ejército se encontraba dispuesto, pero en presencia de tan graves intereses su corazón no se hallaba aun bastante firme.

Una tarde se retira solo á su tienda; acaba de recibir, acerca de las fuerzas y disposiciones de sus enemigos, nuevas que le dejan un tanto perplejo. Como todas las almas fuertes, se ocupaba menos del presente que del porvenir; y en efecto, aquí estaban tal vez los destinos de toda la Europa.

De repente se presenta un desconocido ante sus ojos, enrobado por la edad y las austeridades del claustro; pero tenía aquella dignidad sencilla que da al sacerdote la incesante contemplación de las grandezas de Dios; su barba blanca era larga y estaba descuidada; en la expresión ascética de su mirada se comprendía que veía mas allá del mundo terrestre, y que las cosas de la vida no eran para él mas que una medida de la distancia que le separaba del cielo.

Este monge era Serge, fundador del convento de la Trinidad.

Dmitri, al reconocer al anciano, se postró de rodillas.

—¡Dios es el que te envía! exclamó el príncipe. Mi valor no se admira de ningún peligro; pero lo confieso, mi razón vacila reflexionando todas las eventualidades de una lucha decisiva.

—Escucha, le dijo el venerable ermitaño; si no se trata-se mas que de tu ambición, no podría ofrecerte mas que la compasión del cristiano por tu derrota, y basta por tu gloria; pero no se trata de coronas perecederas. Bastante tiempo el infiel ha pisoteado la enseña de la Redención... ¡Dmitri! marcha adelante con tu fé, y los ejércitos de los bárbaros se confundirán con una mirada tuya, como las nieves de la colina á los rayos del sol Levante. Los rusos sabrán que tus fuerzas vienen del cielo, y serán invencibles.

Dmitri se sintió revestido de una voluntad sobrenatural.

—No te hablaré de mi reconocimiento, dijo á Serge; tus virtudes confunden el poder del cetro; pero para eternizar la memoria de las gracias que el cielo derrama por tus manos sobre este pueblo oprimido, yo colmaré de bienes el monasterio de Troitza, y en los siglos mas remotos, la piedad de los rusos asociará tu nombre al recuerdo de nuestra libertad.

—Nuestras pruebas no están concluidas, interrumpió el ermitaño... yo compareceré delante de Dios cuando plazca á su justicia dar una nueva consagración á nuestras celdas por la devastación y el martirio.... Un día, prosiguió con acento profético, este recinto que han levantado mis manos indignas será el último baluarte de nuestros hermanos!... Pero todos tienen parte en esta empresa. Dmitri, vé á buscar en el Don la gloria de un nuevo bautismo....

Diciendo estas palabras, tomó el puñal del héroe, y formando con el y el palo de peregrino una cruz, colocó este símbolo de poder y de humildad sobre la cabeza del gran príncipe.



Al día siguiente, el ejército de Dmitri estaba en marcha; de todas partes recibía refuerzos. El príncipe pasa el Oka y atraviesa el Don para aislar á los mongoles de los auxiliares lituanos que se aproximan; despliega en las llanuras de Koulikof ciento cincuenta mil combatientes, y se trabó la lucha. Mucho tiempo anduvo indecisa la fortuna. Dos monges de Troitza combatían al lado del príncipe y le animaban con sus exhortaciones y con sus consejos. Ya los mongoles se habían abierto un camino hasta las grandes banderas, cuando el príncipe Vladimiro, que mandaba la reserva, sale de los bosques que le escondían y carga sobre el enemigo que repliega y emprende la fuga. Mamaï, asombrado de la derrota de los suyos, exclama: ¡el Dios de

los cristianos es poderoso! y sucumbe en la derrota general.

Serge murió en 1393. El mismo año los tártaros incendiaron á Moscou sin que se exceptuara el monasterio. Sin embargo, Nikon, el sucesor de San Serge, regresó con sus monges á las ruinas del santo lugar, donde encontró los restos del fundador en un estado perfecto de conservación. Esta circunstancia, considerada como milagrosa, atrajo en derredor de las ruinas del convento una afluencia considerable de fieles, y bien pronto sus ofrendas, juntas con la munificencia de Dmitri, devolvieron á Troitza su primitivo esplendor. Juan el Terrible, que reinó de 1533 á 1584, sobrepuso á todos sus predecesores con sus liberalidades. En



Vista del monasterio de Troitza.

la ceremonia de su bautismo, sus padres, para atraer sobre el niño la proteccion del fundador, le depositaron durante algunos momentos en la caja mortuoria del santo.

Las riquezas y las reliquias que encierra el monasterio obligan á los prelados y á los príncipes á defender este recinto de manera que le pongan al abrigo de un golpe de mano. Los tártaros de Crimea, menos poderosos, pero tan ávidos como sus antepasados, ambicionan esta espléndida presa, y los polacos, bajo pretexto de la diferencia de culto, no tendrían ningun escrúpulo en apoderarse de estos tesoros heréticos.

Esto estuvo á punto de suceder á principios del siglo XVII, durante las guerras suscitadas por los falsos Dmitri.

Esta época de la historia de Rusia tiene todo el atractivo de lo maravilloso. Un aventurero que consigue cambiar su sayal por el manto de los czares; guerras civiles llenas de azares y de incidentes imprevistos; una ambicion de muger que ennoblece la constancia de la adhesion; en una palabra, una impostura tan bien urdida, que hasta despues de haber sido descubierta, una multitud de impostores secundarios viven del mismo fraude; he aqui lo que hace



que los anales de esta época sean mas curiosos que los demas.

Algunas palabras bastarán para recordar este episodio á los que le hayan leído, y para dar una idea á los que puedan ignorarlo.

El czar Juan el Terrible, cuyo sobrenombre es casi una lisonja, habia dado muerte con su propia mano al hijo que debia sucederle. A la muerte del tirano, ocurrida en 1584, dejaba por sucesor á Feodoro y á otro hijo mas jóven llamado Dmitri. Feodoro era un príncipe que tenia mucha piedad, pero era indolente y se resentia de una salud bastante delicada. Se habia casado con Irene, hermana de Boris Godounof, antiguo favorito de su padre, y el mas pode-

roso, como el mas hábil de los cinco consejeros designados para formar el consejo de regencia. Esta alianza favorecia la ambicion de Boris, el que separó bien pronto á sus rivales, y reinó de hecho bajo el nombre del Benigno Feodoro.

Gobernó con tanta firmeza como sabiduría, pero en el instante en que todo se doblegaba ante él, le asaltaba la idea de que despues de la muerte del jóven czar, cuya esposa era estéril, el cetro pasaria á Dmitri que se habia retirado á Ouglitch con su madre. La ambicion del regente no retrocedió delante del crimen... Dmitri fué asesinado, y con este niño se estinguió la descendencia de Vladimiro Monomaco.



Camino de Troitza.

El fin prematuro de Feodoro, y la negativa que hizo la czarina Irene de suceder á su esposo despejaron á Godounof el camino del trono. Subió á él con dignidad, y no quiso aceptar el cetro sino con el consentimiento de todos, y fuerza es confesar que solo él era digno de mandar: guerra, politica, administracion, elocuencia, todo debia florecer durante su reinado, y tal fué su superioridad, que hasta los príncipes descendientes de Ruvico no se determinaron á ponerse en competencia con su reconocido mérito.

Nombrado czar en 1598, se creyó en un principio bastante afirmado para manifestarse clemente; la voz de la envidia aparecia encubierta con las bendiciones del pueblo,

pero muy pronto la fortuna se cansó de favorecerle. Una hambre terrible desoló á Moscou, y la virtuosa Irene, su hermana, murió en el monasterio de las Virgenes. El llegó á ponerse sombrío y melancólico, y la persecucion aumentó el descontento y las murmuraciones: comenzó á temer á los Schouiski y á los Romanof, y las sospechas del czar llegaron á convertirse en decretos que imponian el destierro y la muerte.

Sin embargo, el fantasma del inocente Dmitri le persiguió en todas partes... este fantasma se revistió desde luego de una personalidad estraña, y se dirigió de repente contra el asesino.



Jouri Otrepief, hijo de un pobre caballero de Galitch, sirvió en un principio en la casa de los Romanof, pero enojado al verse en una condicion tan oscura, se ordenó y tomó el nombre de Gregorio.

Mucho tiempo anduvo errante de convento en convento repitiendo todo cuanto se decia desfavorable respecto al gobierno de Godounof, ora afirmando que Dmitri no era muerto, ora dando á entender que él era aquel Dmitri salvado milagrosamente por un médico. En un principio tomaron á risa sus pretensiones; pero los enemigos del czar creyeron que podía sacarse partido de esta fábula.

Godounof, al principio, no opuso á estos rumores mas que el silencio y el desprecio; pero como tomaban cada vez mas consistencia, y se aumentaba el número de los descontentos, mandó prender á Otrepief, quien logró fugarse, asi como otros dos monges que pertenecian como él al convento de Tchoudny.

Otrepief pasó á Kief al convento de Petcherskoï, y dejó en su celda un billete en el cual explicaba al arquimandrita, como el monge fugitivo y perseguido no era otro que el hijo de Juan IV. El prelado habló de este descubrimiento con una reserva que acreditaba mas la importancia del asunto. Entonces el impostor dejó el nombre y el hábito, decidido á recorrer la Lithuania y el pais de los cosacos para instruirse y formarse en los ejercicios que convenian á un caballero de su rango: despues entró en una escuela de Volhynia donde aprendió en poco tiempo el polaco y el latin, y preparado de este modo entró al servicio de un caballero polaco, llamado Wechnéretski, hombre rico, vano y crédulo. Aqui empezó Otrepief á representar seriamente su papel. El exterior de este aventurero semi-monge y semi-cosaco, no tenia nada que previniese en su favor. Tenia una estatura mediana, el cabello rubio encendido, la nariz gruesa, una berruga encima del ojo derecho y otra en la frente, á las cuales llamaba él chanceándose, sus títulos de nobleza: uno de sus brazos era visiblemente mas corto que el otro; pero estas imperfecciones eran rescatadas por una penetracion natural, por una singular elocuencia y por una elegancia de maneras que daban autoridad á sus menores acciones.

Un dia se finjó gravemente enfermo y suplicó á su amo que se sentára á su cabecera.

—Cuando ya no exista, le dijo, encontrarás debajo de mi almohada las pruebas incontestables de mi nacimiento; pero este importante secreto no te pertenecerá sino despues de mi muerte.

El polaco le hace una infinidad de preguntas, y últimamente sabe que su criado es el czar Dmitri. Dudaba todavía, cuando el supuesto moribundo le muestra, descubriendo su pecho, una cruz de oro enriquecida con piedras preciosas, que procedia, decia él, de su padrino el principe Mstislavski.

Informado de esta aventura, Muichek, alta dignidad de Sandomiro, guardó para el fugitivo las mayores consideraciones. El rey de Polonia Sigismundo quiso conocer al pretendiente. Parece que el impostor habia contraído el empeño formal de unir, en cuanto fuera czar, la iglesia griega á la comunión de la iglesia latina.

Estas esperanzas contribuyeron á que se curasen poco de la legitimidad de los medios, y el jesuita Rangoni propágó por todas partes los derechos de su protegido.

Sin romper abiertamente con Godounof, Sigismundo dió á Otrepief algun socorro, y permitió á los señores que quisieran asociarse á su fortuna seguirle con sus hombres de guerra.

Muichek tenia una hija llamada Marina, cuyo confesor era Rangoni. Las novelescas aventuras del pretendiente la dispusieron en su favor, y la esperanza de ser un dia czarina y de contribuir al restablecimiento del culto ortodoxo, dieron á esta naciente inclinacion toda la fuerza de las grandes pasiones. Se convino en que el casamiento se verificaria cuando Dmitri hubiese subido al trono.

Sin embargo, el monge Otrepief entró en Rusia á la cabeza de un pequeño ejército; los cosacos del Don se unieron á él, y pronto todas las provincias del Sud se sublevaron al nombre de Dmitri. Godounof envia contra él á sus gefes mas experimentados; logran batirle, mas no desalentarle.

En esta sazon muere Boris, y el pueblo de Moscou reconoce por czar á su hijo Feodoro, pero los boyardos se muestran contrarios á una eleccion que les somete al hijo de aquel que los ha hecho tanto tiempo temblar, y pronto el gefe del ejército, Basmanof, habiendo reconocido al falso Dmitri, el pueblo besa los pies del impostor.

La czarina, madre de Feodoro, fué estrangulada, y los asesinos, matando al jóven y valeroso czar, esclaman: «¡Asi fué como tu padre trató en otro tiempo al hijo de su bienhechor!»

En cuanto á la bella y virtuosa Xinia, hermana de Feodoro, tuvo que sufrir por parte de Otrepief un tratamiento peor que todos los suplicios.

Para completar este extraño y trágico desenlace, la czarina Marpha, madre del verdadero Dmitri, reconoció públicamente á aquel que se apellidaba su hijo.

Marina obtuvo lo que tan ardientemente habia deseado, pues ciñó la corona de czarina, y cuando el impostor cayó asesinado de su trono, sostuvo el papel que habia aceptado con una constancia digna de mejor fortuna.

El reinado siguiente, el de Schouiski, estuvo lleno de turbulencias; los pseudo-Dmitri, los falsos Pedros, surgieron por todas partes. Los polacos apoyaban todas estas revueltas, y se pudo creer un instante que Udalislao, hijo de Sigismundo, reuniria un dia bajo un mismo cetro los dos grandes pueblos eslavos.

Despues de la caída de Schouiski, y durante la guerra que hicieron á la Rusia los generales polacos, el monasterio de Troitza sostuvo por espacio de diez y seis meses, todos los esfuerzos de los enemigos, y obligó á Sapiéka á levantar el sitio. La libertad de la Rusia salió una vez de este recinto. El monge Palitzinu se acordó de San Serge; despertó el valor del principe Pojarski, reunió á los boyardos en el sentimiento de una defensa comun, y bendijo los esfuerzos de Minin, aquel hombre del pueblo, que contribuyó tan poderosamente á la derrota de los polacos y al advenimiento de Romanof.

En 1764, época en que Catalina II secularizó los bienes del clero, el monasterio de Troitza poseia mas de cien mil siervos. No hablaremos del precioso harrio que rodea el convento; nos limitaremos á decir que el recinto claustral contiene el campanario, nueve iglesias incesantemente llenas de peregrinos, el palacio del czar, la residencia del arquimandrita y las celdas.



En la iglesia de la Asuncion se enseñan los sepulcros de Bovis Godounof, de su muger y de sus hijos; y en la catedral de la Trinidad descansan los restos mortales del fundador.

El tesoro del convento ofrece una variedad prodigiosa de objetos preciosos. Se muestra un altar, cuyo valor se estima en millon y medio.

Pero lo que llama la atencion mas que estás ofrendas de la piedad, son algunos pedazos de tela tosca que se caen de viejos, y que pertenecen al hábito de San Serge.

J. C.

## FISIOLOGIA DE LAS PASIONES.

### EL ABORRECIMIENTO.

Es un sentimiento activo del alma que nos impele á alejarnos y á libertarnos de los objetos que nos afectan de una manera penosa; y decimos sentimiento activo, porque al fenómeno activo viene á unirse otro fenómeno de actividad muy notable que convierte al aborrecimiento en una modificacion compleja. Con efecto, una poca de atencion sobre este fenómeno nos conducirá á descubrir que no consiste tan solo en un sentimiento desagradable, y que el alma en este caso no se limita á sufrir. Tiende á separarse de aquello que le ha causado dolor, lo rechaza, y fuera su mayor gusto hacerlo desaparecer. Ahora bien, esta tendencia repulsiva del alma, si se nos permite espresarnos de este modo, no es otra cosa que un hecho de actividad que se combina con las modificaciones orgánicas, como en la locomocion, ó como las modificaciones intelectuales relativamente á la atencion.

Hay un movimiento del alma para no sufrir mas, como en el deseo existe un movimiento animado que precede al conocimiento. Esta idea de movimiento repulsivo ó retroactivo está perfectamente espresada con la palabra *aversion*, sinónimo de aborrecimiento. En una palabra, el alma desea no sufrir, asi como quiere aumentar ó continuar su bien estar. Este movimiento del alma es el mismo de la actividad y no de la sensibilidad, la que entregada á sí propia no se estiende mas allá del goce ó del sufrimiento, y es de suyo esencialmente pasiva. El punto de partida del aborrecimiento es un fenómeno sencillo de la sensibilidad, una afeccion penosa; pero si no saliese de ese circulo no se desarollaría, no existiría. Para que el alma aborrezca es preciso que ella salga del estado pasivo, y que el poder activo venga en su ayuda. De seguro esta actividad no es reflexiva, pues el aborrecimiento es como el amor, un sentimiento espontáneo. Pero la actividad no es siempre voluntaria, hay tambien una actividad espontánea instintiva, como la del hombre que retrocede delante de un peligro, ó que dirige su atencion hácia un objeto que escita su curiosidad. Esta es, pues, la actividad instintiva cuyos fenómenos entran como elemento esencial en las afecciones de este género, que se atribuye hoy erróneamente solo á la sensibilidad.

El sentimiento de aborrecimiento es susceptible de una vivacidad y de una energía que le ha hecho colocar entre las pasiones; á este estado, en efecto, pertenecen todos sus caracteres. Lo que tiene ante todo de comun con las pasiones

es la facultad de engendrar la turbacion en el alma, á punto de hacerla insensible á la voz de la razon, y de oscurecer en ella esta preciosa luz. Absorbe, por decirlo asi, todas las facultades en el momento en que ella la posee, la domina y la preocupa esclusivamente con el objeto de su aversion. Pero se distingue de las pasiones que se manifiestan por un movimiento atractivo, en que obra precisamente en un sentido contrario, en que impele al alma á huir del objeto aborrecido, á alejarse de él tanto cuanto le sea posible, y hasta á atacarle para destruirle. En el amor, el alma tiende á unirse al objeto amado y á desear su bien; en el aborrecimiento tiende á separarse del objeto aborrecido y á desear su mal, su destruccion.

Hay diferentes clases de aborrecimiento. El aborrecimiento, tiene por objeto todo lo que es la negacion ó la oposicion de lo que tiene derecho á nuestro amor. Los objetos de nuestro amor, se dividen en dos clases muy distintas; por una parte, vemos todos aquellos que amamos por ellos mismos, por otra, aquellos que amamos por nosotros; de aquí nacen dos especies de amores; el amor desinteresado y el amor interesado. Asi, hay de igual manera dos especies de aborrecimiento, aquel que sentimos por objetos que no nos pertenecen, que no dañan nuestro bien estar individual, y aquel que sentimos por los objetos que se oponen á nuestro bien estar, que afectan nuestro interés ó lo que suponemos nuestro interés. Asi, lo verdadero, lo bueno, lo bello, son ó pueden ser para el hombre, objetos de un amor desinteresado. El error ó la mentira, el mal moral, lo feo, serán tambien para el hombre objetos de su aborrecimiento, pero de un aborrecimiento enteramente desinteresado. Esta especie de aborrecimiento no es menos activa ni menos violenta: por eso los aborrecimientos políticos ó religiosos no aconsejan menos locuras ni menos crímenes que los aborrecimientos privados. Solo tienen un carácter menos bajo, porque son hijos del egoismo. Si maldecimos á los hombres del partido que combatimos, no es porque han dirigido su ataque á nuestro bien estar, sino porque representan á nuestros ojos lo que aborrecemos, lo contrario de la verdad ó del bien, de lo que nos declaramos defensores con peligro de nuestra fortuna y de nuestra vida. Por eso se escusa esta especie de aborrecimiento cubriéndole con el nombre de fanatismo. El aborrecimiento que tiene el interés personal por móvil, es de dos clases: *injusto* ó *merecido*. Es merecido, cuando aquel que es el objeto de él, ha obrado con intencion de dañarnos; es injusto, cuando aquel que ha herido lo que suponemos nuestro interés ha obrado en la plenitud de su derecho natural y sin intencion de hacernos daño. Asi nada es mas irracional que el aborrecimiento que tiene por norma la envidia. Porque un hombre sea mas poderoso ó mas rico que nosotros, ó nos sobrepuje en talento, en reputacion, le profesaremos un aborrecimiento que no tendrá excusa, puesto que no ha buscado dañarnos, porque la naturaleza, la casualidad ó sus legítimos esfuerzos son las únicas causas de su superioridad? Frecuentemente se vé que las mugeres no tienen otro motivo para aborrecerse entre si, que cierta diferencia que la naturaleza ha colocado en la regularidad ó en la espresion de sus facciones. Nada es mas odioso ni mas bajo que el aborrecimiento fundado en el egoismo.

Pero si el aborrecimiento desinteresado ó merecido, no tiene este caracter despreciable y odioso, debe ser no ois-



tante, tan vituperable por sus consecuencias siempre funestas. Solo el mal es lo que debemos aborrecer. En cuanto á nuestros hermanos que se engañan ó que hacen el daño, debemos mas que otra cosa, compadecerlos y concederles una indulgencia que tenemos con frecuencia que reclamar para nosotros mismos.

B.\*\*\*

## ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

### EL BALENICEPO REY,

AVE DE ÁFRICA RECIENTEMENTE DESCUBIERTA.

Esta ave, descubierta en la costa occidental del Africa por M. Gould, ornitólogo inglés, se parece, bajo muchos aspectos, á otra ave de la América del Sud, perteneciente á la

familia de los *coclorincos* de Mr. Lesson, y conocida bajo el nombre de Savacu.

El extremo del pico y la forma de las patas, recuerda tambien un pájaro, perdido en la actualidad, el Dado ó Dronito, animal del cual no se posee mas que una cabeza y una pata fosil.

El pico del *balenicepo rey* (1) en forma de cuchara, es muy ancho, teniéndole amarillo el macho y rojo oscuro la hembra. Su cresta convexa, casi redonda en la parte superior, es de color gris: las narices son largas; el centro de la mandibula inferior, es membranosa. Los ojos tienen un color gris claro, y los tarzos son largos y cubiertos de escamas finas, lo que contribuye á que se distingan estas aves de las verdaderas zancudas que tienen por el contrario las escamas entrelargas.

El color general es con corta diferencia el del savacu, es decir, de un gris ceniciento algo mas claro en el vientre. Las plumas de la parte inferior de la cabeza, son entre lar-



El balenicepo rey

gas y forman una especie de copete. La estatura de este pájaro parece ser la del jabira de América. Sus costumbres no han sido aun estudiadas. Hasta hoy no se conoce en Europa mas que la única pareja llevada por M. Gould á Inglaterra. Solamente se supone que el *balenicepo rey* habita en los arenales de Africa, donde se alimenta de moluscos, de peces y de reptiles que coge fácilmente con su ancho pico. Seria

de desear que el gabinete de historia natural de Madrid pudiera adquirir esta ave, y averiguar de una manera definitiva su verdadero lugar ornitológico.

M. P.

(1) *Balenicepo*, palabra sacada de *balena*, ballena, á causa, dicen de la forma del pico.